

DON PEDRO EL CRUEL

LOS HIJOS MANDAN

Cubierta

de

este

número:

Elisa Sánchez,

notable

actriz

de

carácter

DON PEDRO EL CRUEL
O
LOS HIJOS MANDAN



JOSE FERNANDEZ DEL VILLAR

JOSE FERNANDEZ DEL VILLAR

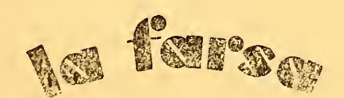
DON PEDRO EL CRUEL
O
LOS HIJOS MANDAN

COMEDIA DE COSTUMBRES POPULARES,
EN TRES ACTOS Y EN PROSA
ORIGINAL

Estrenada en el Teatro María Isabel el día 13 de noviembre de 1932.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS





AÑO VI ||| 17 DE DICIEMBRE DE 1932 ||| NÚM. 275
MADRID

A FAUSTINO CALVO

Doctor en Medicina y amigo entrañable y generoso, para quien toda mi gratitud es poca.

Con un fuerte abrazo de su siempre obligado,

J. FERNANDEZ DEL VILLAR

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Lorenza	Conchita Sánchez.
Purita	Carmen Sanz.
Señá Doro	Elisa Sánchez.
Gabi	María Luisa Gámez.
Milagros	Paquita Salvador.
Doña Matilde	Pepita Hernández.
Bibiana	Elisa Hernández.
Rosita	Rosita Agustí.
Topete	Juan Bonafé.
Lorenzo	Julio Sanjuán.
Andrés	Manuel Domínguez Luna.
Felipe	José Orjas.
Indalecio	Miguel Gómez Castillo.
Miguel	Santiago García.
Liborio	Alberto Sola.
Don Diego	Felipe Pinedo.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda del lado de los intérpretes.



ACTO PRIMERO

Planta baja de la prendería propiedad de la señá Doro, sita en la Rivera de Curtidores. A derecha e izquierda del foro, dos ventanas practicables con rejas, y en el centro, puerta de entrada que, como las rejas, da a la calle. A la derecha, otra puerta que comunica con el interior de la casa. A la izquierda, un pequeño mostrador de madera con un cajón para el dinero. De las paredes y de cordeles que cruzan la escena en varias direcciones pende ropa usada de todas clases, destacando entre ella la nota viva de color de unas mantas palentinas. Repartidas por la estancia, cuatro o cinco sillas de enea. Es de día, en las primeras horas de una tarde calurosa de comienzos de agosto.

(Al levantarse el telón aparecen: detrás del mostrador, contando cuartos que saca de una esportilla y que deja sobre el tablero en montoncitos de a peseta, la SEÑA DORO, mujer del pueblo de Madrid, ya entrada en años, pero con genio y arrestos suficientes para imponerse a un regimiento de lanceros, y, curioseando y sobando las prendas, DOÑA MATILDE, una señora vieja, de manteleta raída, capota deteriorada, sombrilla y gafas negras. Hay un momento durante el cual ambas permanecen en silencio ocupadas en lo suyo.)

DOÑA MATILDE.—*(Mostrándole unos pantalones a la señá Doro.)* Diga usté, señá Doro, y estos pantalones..., ¿cuánto?

SEÑA DORO.—*(En tono desabrido.)* Si son pa usté, seis reales.

Doña Matilde.—¡Por Dios! ¿Para mí unos pantalones de caballero?...

Seña Doro.—¿Qué pasa? ¡A ver si se cree usté que no hay muchas señoras que los llevan! ¡Y mu bien puestos, además!

Doña Matilde.—Ya, ya; pero, vamos, no. Son para mi esposo.

Seña Doro.—En ese caso, dos pesetas; último precio.

Doña Matilde.—¿No me acaba usted de decir que seis reales?

Seña Doro.—Si eran pa usté. Como viernes *fémina* que es hoy, a falta de globitos hacemos una rebaja en las ventas al sexo débil.

Doña Matilde.—¿Y qué día rebajan ustedes las prendas del sexo contrario?

Seña Doro.—El día de la raza.

Doña Matilde.—¿Cómo?

Seña Doro.—Ninguno, señora. El género masculino lo tenemos ya bastante rebajao, casi por los suelos.

Doña Matilde.—¡Vaya por Dios! (*Continúa curioseando por la tienda hasta que encuentra una americana que le parece bien y se la muestra a la señá Doro.*) Oiga usted... ¿Y esta americana, señá Doro?

Seña Doro.—(*Casi sin mirarla.*) Pa no discutir, quince pesetas.

Doña Matilde.—¡Ave María! ¡Quince pesetas! ¿Tiene música?

Seña Doro.—En las mangas, sí, señora; el himno de Riego.

Doña Matilde.—(*Airada.*) ¡Vamos, vamos!

Seña Doro.—(*Saltando.*) Eso digo yo. ¡Vamos..., que ya es mucho sobar, doña Matilde.

Doña Matilde.—¿Eh?

Seña Doro.—Que lleva usté dos horas largas haciéndome el inventario del establecimiento pa luego no quedarse con na y, francamente, no hay razón.

Doña Matilde.—¡Seña Doro!

Seña Doro.—Conque... ¡Jopo! ¡A la calle, que es del Ayuntamiento!

Doña Matilde.—Eso será si quiero.

Seña Doro.—(*Empujándola hacia el foro.*) ¡Largo, señora, que me espanta usté a la parroquia!

Doña Matilde.—¡No me toque usted, que llamo a un guardia!

Seña Doro.—(*Con chunga.*) ¡Ay, por Dios, no me lo diga, que me asusto!

Doña Matilde.—¡Grosera! ¡Mal educada!

Seña Doro.—¡Y usté en moto!

Doña Matilde.—(*Optando por marcharse.*) Por supuesto, la culpa la tiene una viniendo a estos sitios...

SEÑA DORO.—¡Jesús! No sabía... Pos desde mañana visita usté las Pañerías del Norte, que la recibirán con El Empastre. ¡Ja, ja! ¡Qué risa! Es que me troncho.

DOÑA MATILDE.—¡Qué tiempos, Señor; qué tiempos tan republicanos! (*Vase por la derecha del foro.*)

SEÑA DORO.—(*Volviendo a su ocupación.*) ¡Nos ha fastidiao la momia de doña Urraca! ¡Vamos, hombre!...

(*Hay una pausa. Por la derecha sale PURITA, mujer de unos cuarenta años, hija de la señá Doro, fresca, guapetona, pinturera y garbosa, con un mantón de crespón negro liso puesto en forma de chal y al brazo unas cuantas prendas envueltas en un pañuelo de hierbas.*)

PURITA.—¡Hasta luego, madre!

SEÑA DORO.—¿Dónde vas, hija, con esta solana?

PURITA.—A entregar en la camisería pa estar aquí de vuelta antes de que llegue la Lorenza a dar su lección de bordao.

SEÑA DORO.—¿No esperas a nadie más?

PURITA.—¿Por qué me lo pregunta?

SEÑA DORO.—Por saber si no vendrá también el padre, el señor Lorenzo, *Don Pedro el Cruel,* como le llaman en el barrio por lo mucho que castiga a las mujeres.

PURITA.—No sé. Puede que sí. ¿Es algo malo?

SEÑA DORO.—(*Con intención.*) Eso, tú sabrás.

PURITA.—(*En tono de dulce reproche.*) ¡Madre!...

SEÑA DORO.—Mira, Purita: Veintidós años hace que te casaste y veinte que el granuja de tu marido te dejó abandoná con un chico en los brazos pa irse a América. En to ese tiempo nadie ha tenido na que decir de ti más que en tu alabanza. Desamparaíta, sin recursos, a fuerza de trabajos y de privaciones, de quedarte ciega bordando noche y día, y con la ayuda, poca o mucha, que yo haya podido prestarte, tú has salido adelante con to y has conseguido al fin la meta de tus aspiraciones: ver a tu hijo criao y hecho un hombre.

PURITA.—Muy cierto.

SEÑA DORO.—¿Y no es dolor, hija del alma, que una vida como la tuya, de abnegación y sacrificios, más limpia que los chorros del agua la empañe ahora el capricho de un tío fachendoso que a to lo que aspira es a sumar una conquista más en su lista interminable de tenorio averiao?

PURITA.—(*Con dignidad.*) ¿Por qué me dice usté eso, madre? Usté no tiene derecho a pensar así de mí. Se equivoca usté como

se equivocan todos los que lo crean. El señor Lorenzo no es pa mí más que un amigo.

SEÑA DORO.—Es que una mujer en tus especiales circunstancias no puede tener amigos, Puri, y menos de la clase del sujeto de que se trata.

PURITA.—¿Por qué? ¿Es que ni cobijarse en el calor de un cariño leal la dejan a una?

SEÑA DORO.—Ni eso, hija.

PURITA.—Y mientras tanto el otro campando por sus respetos, feliz e independiente, sin acordarse ni de mandar memorias pa su mujer y pa su hijo. ¿Y esto es justo? ¿Es razonable? Diga usté.

SEÑA DORO.—Como madre tuya que soy cumplo con mi deber previniéndote del peligro que corres.

PURITA.—Y yo, sin dejar de estimarle sus consejos, le advierto que no los necesito. Yo sola sé guardarme.

SEÑA DORO.—Pos ni media palabra más. Y perdona si he faltao. ¡Allá tú! Lo que hagas pa ti ha de ser... (*Volviéndole la espalda.*) ¡Vete con Dios!

PURITA.—¡Madre!...

(*Por la izquierda del foro aparece GABI, sobrina de Purita y nieta de la señá Doro, una mocita juncal, de veinte abriles, bien vestida, bien calzada y con un boa de marabú al cuello.*)

GABI.—¡Hola, tía! Buenas tardes, abuela. (*Las besa.*)

PURITA.—¡Hola, Gabi!

SEÑA DORO.—¿Qué te trae a ti por aquí a estas horas, rata sabia?

GABI.—¿No está el primo?

PURITA.—¿Mi Andrés? ¡Echale un galgo! Hasta las cinco no sale de talleres, y de la estación a la Rivera, aunque tiene el tranvía, ponle quince minutos... ¡Tú verás!

GABI.—Le esperaré entonces. Tengo que hablarle...

PURITA.—Mucho buscas tú al primo, Gabi. ¿Te gusta mi chico?

GABI.—(*Suspirando.*) ¡Ay! No me ponga usté colorada, tía.

PURITA.—¡Bueno, mujer!

SEÑA DORO.—Después de to no tiene na de particular que le guste. El Andrés, sin despreciar a nadie, está hecho un real mozo...

GABI.—(*Suspirando como antes.*) ¡Ay, que si está! No me ponga usté colorada, abuela.

PURITA.—Ahora que me parece que has escogido mal momento.

GABI.—Ya lo sé. La niña del señor Lorenzo, ¿no?

PURITA.—Por ahí, por ahí.

GABI.—¿Pero cree usté que el señor Lorenzo, con los humos que gasta, consentirá las relaciones de su chica con el Andrés?

PURITA.—¡Anda! ¿Y por qué no? El Andrés tiene un porvenir como mecánico y es un mozo juncal, honrao y trabajador donde se pongan los hombres honraos y trabajadores.

GABI.—Sí, sí, pero... ¡Qué sé yo!

PURITA.—De eso... ¡Allá cuidaos! En fin, me marcho, que se me va a hacer tarde. ¡Adiós, Gabi! ¡Hasta luego, madre!

GABI.—¡Adiós, tía Puri!

SEÑA DORO.—Hsta luego, hija.

(*Vase Purita por la derecha del foro.*)

GABI.—Dígame usté, abuela. ¿Es la Lorenza más guapa que yo?

SEÑA DORO.—¡Más quisiera la Lorenza!...

GABI.—Y entonces, ¿por qué la prefiere el Andrés?

SEÑA DORO.—Hija... ¡La verdad! A ti te está viendo desde que naciste, y a ella hace cuatro días que la conoce. ¿No te has fijao tú en muchos hombre casaos con mujeres de bandera que luego las engañan con el primer pingo que se encuentran por la calle? De mucha gente sé yo que viviendo en el Palace se va alguna que otra vez a comer unas judías con chorizo a casa Eladio. Y to, ¿por qué? Por la novedad, na más que por la novedad.

GABI.—¡Nos ha fumigao la novedad, abuela!

SEÑA DORO.—¡Chica...

GABI.—Y conste que no lo digo por despecho, ni porque a mí me falten pretendientes, que a montones los tengo; sin ir más lejos, Felipín, el dependiente principal de la tienda de tejidos del señor Lorenzo, que además es un as del boxeo en la Ferroviaria. Pos a pesar de eso, no hago yo más que mirarle y lo dejo *gregory,* o como se diga en inglés al hecho de quedarse sin conocimiento.

SEÑA DORO.—Pero tú, ¿a quién te refieres? ¿Al sobrino de Topete, el tío de los cacahuets?

GABI.—A ese mismo.

SEÑA DORO.—Muy poco partido pa ti, chica.

GABI.—Ahora, quizás; pero aguárdese usté, que dicen que va a ser el rey de las moscas.

SEÑA DORA.—Mientras no lo sea de los moscos... (*Indicando dinero.*)

GABI.—¡Qué se sabe! Tras de lo uno viene lo otro, abuela. (*Pausa.*)

SEÑA DORO.—¿Y tu madre?

GABI.—Acostando a padre me la he dejao.

SEÑA DORO.—¿Se ha presentao con el tablón?

GABI.—Se ha presentao con un andamio.

SEÑA DORO.—¿Cómo?

GABI.—Con catorce o quince tablones juntos. Melopea como la de hoy no se la he conocido yo a padre desde la que tomó el día de la proclamación de la República.

SEÑA DORO.—¡Pos sí que te espera diversión, hija! Porque si tu pretendiende va para rey de las moscas y tu padre es el rey de los mosquitos, ya te veo comprando el Flit por toneladas...

(*Por la derecha del foro aparece, y se detiene en el umbral de la puerta de entrada, FELIPE, un muchacho espigado y simpático, sin sombrero, con traje de americana y con una caja donde se supone que va un mantón de Manila.*)

GABI.—(*A su abuela, en voz baja, después de advertir la presencia de Felipe.*) ¡Calle usté, abuela!

SEÑA DORO.—¿Qué pasa?

GABI.—¡Que está ahí!

SEÑA DORO.—¿Quién?

GABI.—Felipe.

SEÑA DORO.—El de las moscas. ¡Ya!

FELIPE.—¿Se puede pasar?

SEÑA DORO.—La entrada es libre en el establecimiento.

FELIPE.—(*Entrando.*) Con permiso. Buenas tardes, Gabi.

GABI.—¡Hola, Felipe!

SEÑA DORO.—¿Qué se ofrece?

FELIPE.—¿No está la señá Puri?

SEÑA DORO.—Ha salido hace un rato.

FELIPE.—Lo siento.

SEÑA DORO.—¿Quería usté algo?

FELIPE.—Traía este encargo pa ella de parte de mi principal.

SEÑA DORO.—¿Y qué es, si puede saberse?

FELIPE.—Pos casi na; un mantón de Manila, el mejor que había en la calle Calatrava, por el que acaba de pagar el señor Lorenzo delante de mí tres mil *lucanas* en tres pápiros de a mil debidamente estampillaos.

SEÑA DORO.—Me parece que usté se ha confundido.

FELIPE.—Le aseguro que no.

SEÑA DORO.—Un obsequio de ese valor no puede ser pa mi hija.

FELIPE.—Le aseguro que sí. Quiere el señor Lorenzo que lo luzca esta noche la señá Puri en la calle del Ave María cuando vaya con él a darse una vuelta por la verbena.

SEÑA DORO.—(*Tragando quina.*) Entonces, déjelo usté y en cuanto ella venga se le entregará.

FELIPE.—(*Dejando la caja sobre una silla.*) Conforme.

SEÑA DORO.—(*Yendo al mostrador a guardar los cuartos en la esportilla y ésta en el cajón del dinero.*) (¡Y luego me dice a mí esa loca!...)

FELIPE.—(*Acercándose a Gabi.*) ¿Qué se cuenta usté, Gabi?

GABI. *Las estrellitas del cielo*

FELIPE.—¿Cómo?

GABI. *Las cuento y no están cabales.*

FELIPE.—¡Ole!

GABI. *Faltan la tuya y la mía,*
que son las dos principales.

FELIPE.—¡Y ole!

SEÑA DORO.—(*A Gabi, desde el mostrador.*) ¡Oye, tú, niña! Prohibido el cante flamenco a las horas del público dentro del establecimiento.

GABI.—Perdone, abuela.

FELIPE.—(*A Gabi, en tono confidencial.*) ¿Eso es decirnos que estorbamos?

GABI.—(*A Felipe, en igual tono.*) Eso es decirle a usté que se entusiasma demasiado pronto.

FELIPE.—¿Y no hay motivo? Repítame usté la copla, Gabi.

GABI.—¿Pa qué

FELIPE.—Para oírla otra vez de sus labios. ¡Casi na es la copla! (*Repitiendo el final de la copla con viva exaltación.*)

Faltan la de usté y la mía...

GABI.—(*Riéndose a hurtadillas.*) (Huy, la de usté!)

FELIPE.—Que son las dos principales. (*Al ver que ella se ríe.*) ¿No es así? ¿Principales?

GABI.—Sí, señor. Principales con ascensor y cuarto de baño, cien pesetas.

FELIPE.—(*Desconcertado.*) ¡Gabina!

GABI.—¡Por Dios, no me llame usté Gabina!

FELIPE.—O Gabi.

GABI.—¡Eso, sí!

FELIPE.—Si usté me quisiera iba yo a realizar la mayor aspiración de mi vida.

GABI.—¿Cuál es?

FELIPE.—Ir con Gabina a todas partes

GABI.—(*Riéndose.*) ¡Atiza! ¡Y nunca ha usao sombrero!

FELIPE.—Porque no me gustan la gorra ni el flexible. La Gabina es mi única ilusión.

GABI.—Pos, hijo, en casa de Navas las tiene usté superiores a muy bajo precio. Y hasta con regalo de un cepillo.

FELIPE.—(*Avanzando hacia ella.*) ¡Guasona!

GABI.—¡Cuidao con el escalón!

FELIPE.—(*Deteniéndose y mirando al suelo.*) ¿Dónde está el escalón?

GABI.—En el portal de mi casa. (*Se ríe.*)

FELIPE.—¡Bueno va! No ha estao pesá la broma. ¡Castiza y chulapona que es la niña!

GABI.—Porque se puede.

FELIPE.—No digo que no.

GABI.—Bautizá en las Peñuelas y criá en el Rastro. Me toca usté al registro y en una lenteja le bailo a usté un chotis.

FELIPE.—¡Que sí!

GABI.—¿Quié usté probar?

FELIPE.—No tomo na entre horas.

GABI.—¿Está usté a régimen?

FELIPE.—De tallarines al gratén y sopa de almendras.

GABI.—¿Pa conservar el peso?

FELIPE.—Pa no perder la línea.

GABI.—¿Sol-Ventas?

FELIPE.—Chamberí por Fuencarral.

GABI.—(*Complacida.*) ¡También es usté castizo!

FELIPE.—Porque se puede.

GABI.—No digo que no.

FELIPE.—Criao en la Cava y bautizao en la Paloma. Me aprieta usté el botón y me sale agua del Manzanares.

GABI.—¡Que sí!

FELIPE.—Y ¿a que no es usté capaz de hacer una cosa de gracia?

GABI.—¡A ver!

FELIPE.—Acompañarme a la tienda.

GABI.—¿Le da miedo ir solo?

FELIPE.—No es eso, joven.

GABI.—¡Ah! ¿No?

FELIPE.—Es que como en la calle hace tanto sol y usté tiene tanta sombra, si me acompaña usté me alivio.

GABI.—(*Complacida.*) ¡Hombre! Eso está bien. Pos sí que le acompaño.

FELIPE.—¿De veras?

GABI.—¡Más vivo! (¡A ver si me encuentro al otro!) ¡Hasta ahora, abuela!

SEÑA DORO.—Pero ¿adónde vas, chica?

GABI.—Si viniera el primo, dígale usté de parte mía que no se retire del aparato.

SEÑA DORO.—¿Cómo?

GABI.—Vuelvo en seguida. (*Emparejándose con Felipe.*) ¡A la de tres, Felipe!

FELIPE.—¡Ole las mozas de rumbo!

GABI.—¡Y viva Madrid, que es mi pueblo! (*Y amartelados y jubilosos desaparecen los dos por la derecha del foro.*)

SEÑA DORO.—(*Saliendo hasta la puerta.*) ¡Pero, oye, chica! ¡Gabi!... ¡Y se va con él! Estas niñas de hoy... De hoy, y de ayer, y de siempre, porque también la otra... ¡Mujeres toas, al fin, que no hay quien nos entienda! (*Cogiendo la caja del mantón.*) ¡Tres mil pesetas de mantón!... ¿A qué se habrá comprometío esa criatura pa que *Don Pedro el Cruel,* con lo agarrao que es el hombre, se haya lanzao de pronto a gastarse una fortuna? ¡Sin vida estoy hasta que vuelva!

(*Por la izquierda del foro aparecen MILAGROS e INDALECIO, matrimonio de mediana edad; ella de mantón y él de flexible y garrota.*)

INDALECIO.—(*Desde el umbral de la puerta del foro.*) ¿Hay acceso al local?

SEÑA DORO.—(*De espaldas a la puerta del foro.*) ¡Adelante! ¿Quién? (*Deja la caja del mantón sobre una silla y se vuelve a ver quién llega. Al encontrarse con Indalecio y Milagros tuerce el gesto, pero los recibe con gran efusión.*)

INDALECIO.—¡Felices!

SEÑA DORO.—¡Caramba!

MILAGROS.—¡Señá Doro!

SEÑA DORO.—¡La Milagros y el Indalecio! ¡Tanto bueno por esta mi casa! Pasen, pasen. ¿A qué se debe?... (Así los aplastase un camión!...) ¡Qué sorpresa tan agradable! Tomen asiento. (*Les ofrece sillas y se sientan los tres.*)

INDALECIO.—Estimando.

MILAGROS.—¿Y Purita?

SEÑA DORO.—Ahora vendrá. Ha ido a entregar a la camisería.

MILAGROS.—¿Y mi sobrino?

SEÑA DORO.—¿El Andrés? En su trabajo. Tampoco puede tardar mucho.

INDALECIO.—¿Sigue en M. Z. A.?

SEÑA DORO.—¡En la estación, Indalecio!

INDALECIO.—¡Pos eso he preguntao, abuela!

SEÑA DORO.—Perdone. No sé qué le había entendío a usté del abecederio.

INDALECIO.—M. Z. A.

SEÑA DORO.—¿Ve usted?

INDALECIO.—M. Z. A. es el nombre de la Compañía en diminutivo. y quiere decir, pa que usté no lo ignore, Madrid, Zamora y Albacete.

SEÑA DORO.—¡Gachó! ¡Lo que sabe usté, hijo!

INDALECIO.—¡Ilustrao que es uno, sí, señora! (*Con intención y marcando los tiempos del verbo saber.*) Y algo sé, aunque no lo bastante. Precisamente pa saberlo to hemos salido de casa a tiro hecho, sin tener en cuenta lo tórrido de la temperatura, aquí la la parienta y el dicente...

SEÑA DORO.—¿Quién?

INDALECIO.—Servidor.

SEÑA DORO.—¡Ah! (*A Milagros.*) ¡Hija, ca día habla su marido de usté que se le entiende menos!

INDALECIO.—¿Verdad, Milagros?

MILAGROS.—(*Dándole a entender con el gesto a Indalecio que es pronto para abordar el asunto que los ha traído.*) ¡Inda!...

INDALECIO.—¿Qué ocurre? ¿Te vas a repuchar ahora?

MILAGROS.—¡No, hombre!

INDALECIO.—¿Entonces?...

MILAGROS.—Es que así, a bocajarro...

SEÑA DORO.—Pero ¿pasa algo? ¿De qué se trata?

MILAGROS.—Na. Lo que se charla por ahí de que si mi cuñada Purita y el señor Lorenzo...

SEÑA DORO.—(*Sin dejarla acabar.*) ¡Mentira!

MILAGROS.—(*A Indalecio.*) ¿Lo ves?

INDALECIO.—(*A Milagros.*) ¡Ya te lo decía yo!

MILAGROS.—¡Si no podía ser!

INDALECIO.—Pero acuérdate de que hay quien asegura que el señor Lorenzo viene aquí toas las tardes.

SEÑA DORO.—¡Y sí que viene!

INDALECIO.—(*A Milagros.*) ¿Lo oyes?

SEÑA DORO.—Sí, señor, viene; pero viene porque se ha empeñao en que a su chica la enseñe a bordar mi Puri.

INDALECIO.—No está mal el truco. Con achaque de primo entro y te veo. Aquí el primo es el padre.

SEÑA DORO.—¡ Indalecio !

INDALECIO.—Cabeza de Buey y Torreblanca, pa lo que usté guste de mandar.

MILAGROS.—Lo que pasa, señá Doro, es que como el señor Lorenzo tiene esa fama de conquistador y no ha mirao todavía a una mujer que se le haya resistido...

SEÑA DORO.—¿A usté la ha mirao?

MILAGROS.—¡ Señá Doro !

INDALECIO.—Y como la Puri está en las condiciones que está...

MILAGROS.—¡ Eso ! Casá y sin marido, por aquella ventolera que le entró a mi hermano de largarse a Buenos Aires...

INDALECIO.—¡ Pero tu hermano vive !

MILAGROS.—¡ Y viva muchos años !

INDALECIO.—Y es su esposo legítimo ante Dios y los hombres...

MILAGROS.—¿Quién lo duda?

INDALECIO.—Y la honra de Vicente es nuestra propia honra y la de toa la familia, y la encargá de guardarla, su mujer.

MILAGROS.—¡ Sin discusión !

INDALECIO.—Y, vamos, que no valía la pena de haberse estao veinte años haciendo de mártir pa luego pegársela a última hora...

MILAGROS.—¡ El evangelio !

INDALECIO.—Cuando ya ha pasao de la edad de bañarse.

SEÑA DORO.—¿Quién?

INDALECIO.—La Puri. ¿No ha cumplido los cuarenta?

SEÑA DORO.—Sí, señor.

INDALECIO.—Pos de los cuarenta pa arriba... ¡Ya conoce usté el refrán!

SEÑA DORO.—Pero... ¡Maldito sea mi corazón! ¿Quieren ustedes soltar ya lo que se traigan en el buche?

INDALECIO.—Si usté lo pide, sea. ¡ Vierte, Milagros!

MILAGROS.—Nosotros venimos, señá Doro, na más que a decirle a usté que sabemos de muy buena tinta que su hija de usté y el señor Lorenzo se entienden.

SEÑA DORO.—¡ No es verdad !

MILAGROS.—¡ Señá Doro !

SEÑA DORO.—Repito que no es verdad.

INDALECIO.—Lo es, señá Doro; que hay quien no hace muchos días los ha visto muy amartelaos, allá, entre dos luces, en un rinconcito del café Barbieri.

SEÑA DORO.—¿Y quién los ha visto?

INDALECIO.—Estos ojos que se han de comer la tierra.

SEÑA DORO.—¿Usté?

INDALECIO.—Yo mismo. Y se me ha encendido la cara de vergüenza. ¡Porque uno tiene su apellilo, señá Doro!

SEÑA DORO.—¡Ya! Cabeza de Buey. Me lo dijo usté antes.

MILAGROS.—¡Pero si es que hay más!

SEÑA DORO.—¡Más todavía!

MILAGROS.—Sí, señora. La otra tarde nos han contao a éste y a mí que el señor Lorenzo le entregó a la Puri en propia mano cincuenta duros.

SEÑA DORO.—¿Es posible?

INDALECIO.—Y ya supondrá usté que ni ésta ni yo estamos dispuestos a consentir ciertas cosas tratándose de una persona de la familia.

MILAGROS.—Porque ella no debe olvidar que tiene un hijo.

INDALECIO.—Y un marido a quien respetar.

MILAGROS.—Y unos parientes honraos.

INDALECIO.—Y una madre.

MILAGROS.—Y una sociedad que la vigila hasta en sus menores movimientos.

INDALECIO.—Y que una locura de juventud tos la disculpan, pero cuando las canas empiezan a blanquear la cabeza no la disculpa nadie, señá Dora.

MILAGROS.—Así que, por nuestra parte, ha quedao usté impuesta de lo que sucede. Ahora lo que, en mi modesta opinión, debe usté hacer es hablar con ella y ver si consigue traerla de nuevo a su sendero.

SEÑA DORO.—¡Pero si no es posible, Señor; si esto es pa volverse loca! ¿Cómo mi hija, con lo juiciosa que ha sido siempre, va a haberse metío en este fregao? ¡Vamos, que no; que a mí no me cabe en la cabeza!

INDALECIO.—Pos hágale usté un sitio y que le quepa, señá Doro, porque lo que nosotros le decimos a usté es la *fetén*.

MILAGROS.—Usté no sabe la que hay armá con eso por el barrio.

SEÑA DORO.—Ya, ya. Verdad o mentira, basta con que la gente lo crea. ¿Qué me van a contar? Me hago cargo de to. Pero, en fin, yo les prometo a ustedes lo único que está en mi mano y a mi alcance: que hoy será el último día, Dios mediante, que el señor Lorenzo ponga los pies en esta casa. Si la Puri consiente, bien; si no, lo mismo. ¡Aquí no vuelve más!

INDALECIO.—¡Así, así!

MILAGROS.—¡Ese es el camino!

INDALECIO.—¡Por el bien de tos!

MILAGROS.—¡De ella principalmente!

SEÑA DORO.—¡No vuelve! Y muchas gracias por este favor que me han hecho de abrirme los ojos a la luz. Yo estaba ciega. ¿Cómo pensar que mi Purita?... (*Se la llenan los ojos de lágrimas y se levanta para que no la vean llorar.*) ¡Estos hijos!... ¡Estos hijos!

INDALECIO.—Conste que sentimos el mal rato, pero no había otro remedio, señá Doro.

SEÑA DORO.—Al contrario. ¿Por qué? Las cosas más vale saberlas que ignorarlas.

MILAGROS.—Desde luego. (*Pausa.*)

INDALECIO.—Bueno, Milagros, pos si te parece, no habiendo más asuntos de que tratar, levantamos la sesión.

MILAGROS.—Cuando quieras. (*Se pone de pie y se dirige a la señá Doro.*) Señá Doro... (*La besa.*)

SEÑA DORO.—¡Adiós Milagros!

MILAGROS.—(*A Indalecio, que permanece sentado.*) ¡Anda, Inda!

INDALECIO.—(*Levantándose y dándole la mano a la señá Doro.*) Señá Doro, hasta más ver.

SEÑA DORO.—¡Vayan ustedes con Dios!

(*Se marchan por la derecha del foro Milagros e Indalecio. Por la izquierda del mismo aparece TOPETE empujando un vaporcito como de un metro de largo, con su chimenea y todo, que descansa en un soporte de ruedas. Sobre la cubierta del vaporcito lleva avellanas, garbanzos tostados y cacahuets para la venta. Este Topete es un tipo simpático y dicharachero, que viste un pantalón claro, una americana raída y se toca con un sombrero imitación jipijapa bastante deteriorado por el uso. Tiene el pobre hombre el grave defecto de no poder decir cuatro palabras seguidas sin equivocarse.*)

TOPETE.—(*Pregonando su mercancía.*) ¡Avellunas y garbanzos! ¡Avellinas! (*Deteniéndose en el umbral de la puerta del foro.*) ¡Salud y pesotas!

SEÑA DORO.—¡Topete, no se marche usté! Pase usté, pase usté, que tengo que hablarle. (*Entra Topete en escena, dejando el vaporcito a la puerta, y la señá Doro sale para despedir a los que se marchan.*) ¡Adiós, Indalecio! ¡Adiós, Milagros! (*Volviendo a escena y dirigiéndose a Topete con viva ansiedad.*) Dígame usté, Topete: usté es muy amigo del señor Lorenzo, ¿no?

TOPETE.—Con su amistad me honro, sí, señora. Y gracias a él, que colocó a mi sobrino en su tienda, tenemos el Felipe y yo un chaco de pun que llevarnos a la beca.

SEÑA DORO.—¿Quiere usté hablar claro, hijo?

TOPETE.—No puedo, señá Duro. Esta luenga de estropijo que Dios me ha dao es la que cortó en fler mi carrera de artista. Porque yo empecé siendo cómico. ¡Y qué químico! ¿Usté no lo sabía?

SEÑA DORO.—Sí, hombre; me lo ha contao cien veces. Pero lo que yo necesito saber ahora no es eso, sino las intenciones que se trae su amigo de usté al venir como viene diariamente a esta casa. ¿Qué es lo que busca? ¿Qué pretende?

TOPETE.—Eso pregúnteselo al Miguel, que es su confidente y su mentor.

SEÑA DORO.—Porque como resulte cierto lo que esa gente que acaba de marcharse me ha dicho, yo le juro a usté que hoy va a haber aquí corrida extraordinaria.

TOPETE.—¿Con miuras?

SEÑA DORO.—¡Con demonios coronàos!

TOPETE.—¡Señá Dora!...

SEÑA DORA.—(*Viendo cruzar a LORENZA por la ventana del foro.*) ¡Cállese usté, que está ahí su hija!

TOPETE.—¿Cómo mi hija?

SEÑA DORO.—La del señor Lorenzo. No sea usté patoso.

TOPETE.—¡Ah, ya!

SEÑA DORO.—Luego seguiremos hablando.

(*A la puerta del foro aparece LORENZA, que es una chica de veinte abriles más bonita que un sol. Viene a cuerpo, sin sombrero, luciendo un vestidito claro de buena hechura.*)

LORENZA.—Buenas tardes.

SEÑA DORO.—¡Hola, Lorenza!

LORENZA.—He venido pronto, quizás. ¿No está la Puri?

SEÑA DORO.—No, pero, ¿que importa? Pasa y espérala. Ya no debe tardar.

LORENZA.—(*A Topete.*) ¿Qué hay, maestro?

TOPETE.—Lo que cuentes, discípila.

LORENZA.—(*Riéndose.*) ¡Huy, discípila! ¡Discípula, Topete!

TOPETE.—Sí, hija, sí. Discépola; si lo sé decir, pero ya conoces mi defecto. Hoy llevo un día fatal.

LORENZA.—Ya lo veo. Pero ¿es posible que usté haya sido cómico?

TOPETE.—Y no malo; a ti te consta. El gran don Antonio Vico, con quien tuve el honor de trabajar algunos años, lo decía repetudas veces: sirve, sirve; este checo sorve, tiene condinioces; pero es torpete de dicción, torpete... Y tanto me llamó torpete en su vida, que de ahí me vino el mote.

SEÑA DORO.—¿Torpete? Pero a usté lo que le dicen, ¿no es Topete?

TOPETE.—Sí, señora. Eso fué después; una corrupción del vulgo cuando, obligao por las circunstancias, abandoné el teatro y me pasé a la marina. (*Y señala el vaporcito que tiene a la puerta.*) Entonces me quitaron la erre.

SEÑA DORO.—¡Que no le maten!...

LORENZA.—Saldría usté a meneo diario cuando trabajara.

TOPETE.—Casi, casi. Me acuerdo de una vez en Villajoyosa, de la provincia de Alicante, que haciendo "El loco Dios" me dieron el mayor zumbi de mi vida. Fué en el primer acto, cuando cuenta Gabriel, el protagonista, por qué ha reñido a Fuensanta. Ya recuerdas la situación. Fuensanta ha lastimado a una mariposa que ha caído al suelo con un ala rota. y Gabriel se exalta y dice aquel parlamento tan lindo, que aplauden siempre...

LORENZA.—(*Recitándolo.*) "Cuando volví al sitio en que había caído el pobre animalito, allí estaba agitándose, haciendo esfuerzos, golpeando en la arena con la única ala que le quedaba..., pero no podía subir.... ¡subir al espacio! Y una porción de escarabajos, de sabandijas, de bichos negros y repugnantes..."

TOPETE.—Etcétera, etcétera. ¡Que es precioso!

LORENZA.—¡Precioso!

TOPETE.—Bueno, pues al llegar ahí, precisamente, a la mitad del párrafo, en plena tensión dramática, cuando lo de los escarabajos y las sabandijas, se me traba la lengua, empiezo a desbarrar y a equivocarme, y no quieras saber de mis apuros. Algo así por el orden. Atiende. (*Declamando.*) "Pero no podía subir..., ¡subir al espacio! Y una porción de escarabijas..."

LORENZA.—(*Conteniendo la risa.*) ¡Agua!

TOPETE.—"De sabandajos..."

LORENZA.—(*Riéndose a carcajadas.*) ¡Ay, Topete, por Dios!

TOPETE.—"De buches negros y repugnantes rodeaban al pobre ser para devorarlo..., ¡y yo los pitoseé!..."

LORENZA.—¡Ay, no siga!

TOPETE.—"Los pitoseé, los pitoseé..."

LORENZA.—¡Arrea!

TOPETE.—"Los hice borra, birria, pulvis, nada. ¡El castigo! ¡El castigo! ¡Ah!... ¡Si yo fuera Dios!"

LORENZA.—(*Muerta de risa.*) ¡Ay, Topete, por su madre! Y ¿qué pasó?

TOPETE.—Nada; que cuando yo creía salvado el escollo con el latiguillo final de "¡Ah! ¡Si yo fuera Dios!" salió una voz del paraíso diciéndome: "¡Si tú fueras Dios no te equivocarías tantas veces, bandido!..." ¡Y allí se acabó el drama!

LORENZA.—Me lo figuro. Eso de bueno tengo yo; digo, me parece: una lengua clara y expedita. ¿Verdad, Topete?

TOPETE.—Tú tienes eso y muchas cosas más: un temperamento de artista dramática que quita la cabeza y un memorión para aprenderte obras que a mí me asusta. ¿Cuántas te sabes ya?

LORENZA.—De Echegaray, casi todas. Pero ya ve usté. ¡De mucho me vale! Mi padre, empeñado en no dejarme trabajar.

TOPETE.—Ya cederá tu padre; no te apures.

SEÑA DORO.—¿Pero de veras que la Lorenza sirve pa el teatro?

TOPETE.—¡Vamos, que si sirve!

SEÑA DORO.—¿Usté le da lecciones?

TOPETE.—Sí, señora. A escondidas del señor Lorenzo procuro fomentar su vocación, porque, créame usté, muerta doña María, la grande, yo no conozco fibra dramática como la de esta criatura. Y luego dice el verso que es una música en su baca. ¡Anda, Lorenza, recita algo pa que te oiga aquí la señá Doro.

LORENZA.—¿Pero qué voy a recitar ahora? ¡Pues sí que es un momento!

TOPETE.—Lo que quieras, mujer.

SEÑA DORO.—¡Vamos, no te pongas tonta!

LORENZA.—No, señora; pero es violentísimo, así, de pronto...

TOPETE.—¡Anda ya! (*A la señá Doro.*) Siéntese usté, comadre. (*Se sientan hacia la derecha.*) ¡Ka verá usté canela!

LORENZA.—¿Y qué digo? ¿La trova de "El castillo roquero?"

TOPETE.—¡Vaya, que sea la trova!

LORENZA.—Me da mucha vergüenza. Palabra.

SEÑA DORO.—¡Vamos, chica! Pos cuando tengas que salir en el teatro...

TOPETE.—(*A la señá Doro.*) ¡Usté cállese ya! (*A Lorenza.*) ¡Niña, la trava!

LORENZA.—(*Riéndose.*) ¡Huy, la trava! No me haga usté reír, Topete.

TOPETE.—¡Empieza ya! (*Se hace el silencio.*)

LORENZA.—(*Recitando con verdadera emoción.*)

Castellana,
flor galana,
si lloras penas de amor,
yo te sabré consolar
y hallarás a tu dolor
de la esperanza la flor
en mi trova de juglar.

Cese, pues, tu triste llanto;
cese el amargo quebranto
que nubla tu faz serena;
que antes de que nazca el día
habrá vuelto la alegría
a tu rostro de azucena.

La luna deja su plata
sobre la plata del río,
que con ronco vocerío
lentamente se desata,
y en tanto su serenata
va diciendo el trovador,
en el alto mirador
del castillo, la princesa
castellana, que está presa
entre las redes de amor,
oye al juglar que le ofrece
calmar su pena y su duelo,
y en su espíritu florece
la esperanza y resplandece
en sus ojos de azul cielo.

Y así dice en su cantar
el juglar:
—Castellana,
flor galana,
no bañe más el rocío
de tu rostro la temprana
rosa, que por la mañana
llegará a tu señorío,
jinete en yegua alazana,
el dueño de tu albedrío.

De la guerra vencedor,
de la muerte triunfador,
llegará sólo por verte;
que si a la Muerte dió muerte
fué porque en lance tan fuerte
prestóle su arrojo Amor.

Y hoy, seductor y arrogante,
cabalga tu noble amante
de los campos al través,
gozoso de la victoria,
para dejarte su gloria
depositada a los pies.

Calla el juglar. Y la altiva
castellana se conmueve
y por su rostro de nieve
una lágrima furtiva
rueda, silenciosa y leve.

Y allá lejos,
a los pálidos reflejos
de la aurora,
por la blanca carretera
se ve caminar ligera
a una yegua voladora.

Y en la yegua, noble y fiero,
dando al aire el blanco airón
que flamea en su sombrero,
avanza, ufano y ligero,
hacia el castillo roquero
el victorioso guerrero
que es, a la vez, prisionero
de su propio corazón.

(Unos momentos antes de que Lorenza concluya de recitar la poesía, por la derecha del foro aparece ANDRES, que se queda a la puerta escuchando embobado a la muchacha. Este Andrés es un chico de veinte años, simpático y apuesto, que viste traje de mecánico y gorra.)

ANDRES.—*(Tirando entusiasmado su gorra a los pies de Lorenza.)* ¡Ole doña Berta Singermann!

LORENZA.—*(Recibiendo a Andrés con alegría.)* ¡Andrés!

TOPETE.—*(A la señá Doro.)* ¿Qué tal? ¿La engañaba yo a usté?

SEÑA DORO.—*(Levantándose.)* Quitao que no me he enterao de na de lo que ha dicho, por lo demás ha estao mu bien, sí, señor.

ANDRES.—¿Qué hay, abuela? ¡Hola, Topete!

TOPETE.—(*A Andrés.*) ¿Eh? ¿Sabe o no sabe decir versos la noña?

ANDRES.—(*A Topete, en tono confidencial.*) ¡Ay, Topete! Con que sepa decir que sí a un hombre enamorao tengo yo bastante.

TOPETE.—¿Con esas salimos, muchacho?

ANDRES.—¡Loco me trae!

TOPETE.—¡Pos, doro con ella, doro, que buen bocao te llevas!

ANDRES.—¡Ojalá!

SEÑA DORO.—¡Topete!

TOPETE.—(*Volviéndose.*) ¡Señá Duro!

(*Andrés se acerca a Lorenza y Topete a la señá Doro.*)

SEÑA DORO.—(*A Topete.*) Véngase usté pa dentro, que charlemos

TOPETE.—Y ¿por qué dentro, comadre?

SEÑA DORO.—(*En voz baja.*) Pa dejá en libertad a las criaturas. Parece usté tonto algunas veces.

TOPETE.—¡Ah, bueno, bueno! Por mí... ¡Nuños! (*Andrés y Lorenza vuelven la cabeza.*)

ANDRES.—(*Aparte.*) (¡Atiza! ¡Nuños!)

TOPETE.—No me perdáis de vista el trasatlántico. (*Indicándoles el vaporcito que está a la puerta.*)

ANDRES.—¡Vaya usté descuidao!

(*Topete y la señá Doro se marchan por la derecha dejando solos en escena a Lorenza y Andrés.*)

LORENZA.—¡Lo de todas las tardes! En cuanto llega usté y estoy yo aquí, con un pretexto u otro, unas veces su madre y otras su abuela, nos dejan solos. ¿Por qué es eso, Andrés?

ANDRES.—A usté, ¿le molesta?

LORENZA.—A mí, no. ¿Y a usté?

ANDRES.—¡A mí, menos!

LORENZA.—Me extraña únicamente.

ANDRES.—Es que las dos me quieren tan a cegar, lo mismo mi abuela que mi madre, que ya hasta me adivinan el pensamiento.

LORENZA.—Y su pensamiento ahora...

ANDRES.—Mi pensamiento ahora tiene poco que adivinar, porque es uno y fijo... ¡Usté, Lorenza!

LORENZA.—¿Yo?

ANDRES.—¿Pa qué se sorprende, si lo sabe? Desde el primer día que entró usté por esa puerta a usté le consta que se hizo el ama de la voluntad de un hombre y que ese hombre soy yo.

LORENZA.—¡Ay, no, hijo! Le aseguro a usté que es ésta la primera noticia.

ANDRES.—¡Puede!

LORENZA.—¡Sin que le quepa duda!

ANDRES.—Será que es usté torpe o yo poco expresivo.

LORENZA.—Será lo que sea, pero la verdad es que la primera noticia la recibo ahora.

ANDRES.—Y ¿cómo la recibe usté? ¿Con frío o con calor?

LORENZA.—(*Abanicándose para disimular su turbación.*) ¡Con calor, hijo! En Madrid y en víspera de San Lorenzo, cualquiera recibe nada fríamente. ¡Con mucho calor! ¡Ya lo está usté viendo!

ANDRES.—Y a propósito de San Lorenzo. Mañana es su santo. ¿Qué quiere usté que le regale?

LORENZA.—¡Nada, por Dios! ¡Faltaría más! Por mí no se meta usté en gastos.

ANDRES.—¿Me aceptaría usté un recuerdo modesto, una pulserita de acero, de esas de moda, sin otra particularidad—y eso le quita mérito, precisamente—que la de estar hecha por mí. (*Saca la pulsera descrita de un bolsillo de la blusa y se la da a Lorenza.*)

LORENZA.—(*Tomando la pulsera.*) ¡A ver!... ¡Virgen, qué preciosidad! Y esto ¿está hecho por usté? ¡Es usté un artista!

ANDRES.—(*Con modestia.*) ¡Afición al oficio sí tiene uno!

LORENZA.—¡Qué primor! ¡Qué maravilla!

ANDRES.—(*Tímidamente.*) ¿Se queda usté con ella?

LORENZA.—¿Cómo no? Con mucho gusto. Y muy agradecida, además.

ANDRES.—Agradecido yo a usté, por haberla aceptao.

LORENZA.—¿Quiere usté abrochármela?

ANDRES.—Pero ¿la va usté a llevar puesta?

LORENZA.—Y ya para siempre.

ANDRES.—(*Abrazándola, casi sin darse cuenta.*) ¡Lorenza!...

LORENZA.—(*Rechazándole con dignidad.*) ¡Andrés!

ANDRES.—(*Avergonzado.*) Perdone. Es que de la misma emoción...

LORENZA.—(*Sonriéndole para animarle.*) ¡Qué chico este! ¿Me la abrocha?

ANDRES.—(*Confuso todavía.*) Sí, señora, sí. (*Abrochándole la pulsera. Aparte.*) (¡Qué manos, Dios mío! Es como terciopelo.)

LORENZA.—¿No atina usté?

ANDRES.—Sí atino, sí. ¡Ya está!

LORENZA.—Gracias. (*Mirando la pulsera en su muñeca.*) Es preciosa. ¡Preciosa! Tiene usté muy buen gusto, Andrés.

ANDRES.—(*Mirando a Lorenza amorosamente.*) Creo que sí. (*Ella le paga con una sonrisa la lisonja. Hay una larga pausa durante la cual se cruzan entre ellos miradas y sonrisas. Al fin Andrés se decide a abordar de lleno su pequeño problema sentimental.*) Bueno,

Lorenza, ¿quiere usté que, aunque no sea más que por una vez, hablemos en serio de lo nuestro?

LORENZA.—Y ¿qué es lo nuestro?

ANDRES.—Esta locura que a mí me ha entrao por usté; este cariño ciego que no me deja vivir, ni sosegar; este soñar con que sea la hora de salir del trabajo porque sé que, al llegar aquí, he de encontrármela; este repetir su nombre a cada instante, Lorenza, Lorenza, como si repitiéndolo, deletreándolo más bien, se aliviaran mis ansias y mis penas... ¡To esto! ¿Le parece a usté poco?

LORENZA.—A mí, no. ¿Y a usté?

ANDRES.—¡Lorenza!...

LORENZA.—Pero, bueno, vamos a ver... ¿Usté qué quiere? ¿Ser mi novio?

ANDRES.—Mucho es pa mí, que valgo tan poco; pero eso quiero, Lorenza.

LORENZA.—Pues, bien está, hombre. No se ponga usté tan apesadumbrao. Me da no sé qué de verle a usté con esa cara tan mustia, tan sin alma... ¡Anímese usté, hijo! ¿Quiere usté ser mi novio?

ANDRES.—(*Anhelante.*) ¡Sí!

LORENZA.—¡Pues no hay más que hablar! ¡Ya lo es!

ANDRES.—¡Lorenza!

LORENZA.—Pero luego no tengamos historias; no diga su madre que yo he venido a robarle un pedazo de su corazón...

ANDRES.—¿Mi madre? ¡Menuda alegría se va a llevar cuando se entere! ¡No, Lorenza! Aquí lo malo no es mi madre. En to caso, su padre de usté.

LORENZA.—¿Mi padre? ¡Tampoco, Andrés! ¡Usté no conoce a mi padre! Con la fama que tiene de mala persona, mi padre, el pobrecito, es más bueno que el pan. ¿Sabe usté lo que me decía esta tarde, mientras comíamos?

ANDRES.—No.

LORENZA.—Pues que esta noche íbamos a ir los cuatro juntos a la verbena.

ANDRES.—¿Cómo los cuatro?

LORENZA.—Usté y su madre, él y yo.

ANDRES.—¿Eso le ha dicho?

LORENZA.—¡Pa que vea usté quién es mi padre!... Y a usté le tiene en mucho aprecio.

ANDRES.—¿A mí?

LORENZA.—Cuando se tercia hablar de usté, siempre lo elogia, por lo buen hijo, lo formal y lo trabajador.

ANDRES.—¡Que Dios se lo pague!

LORENZA.—Así que no pase usté cuidao. A mi padre ha de parecerle bien, y si no se lo parece es igual. Con que me lo parezca a mí ya es suficiente.

ANDRES.—(*Abrazando a Lorenza por la cintura, que ahora sí se deja abrazar.*) ¡Lorenza!

(*Por la derecha del foro aparece GABI, sorprendiéndoles en pleno abrazo.*)

GABI.—(*Tascando el freno y con marcado acento argentino.*) ¡Agárrate, Catalina, que vamos a galopiar!

(*Lorenza y Andrés se separan bruscamente.*)

ANDRES.—(*Aparte.*) (¡Aguanta!)

LORENZA.—(*Aparte.*) (¡La Gabi!)

GABI.—Buenas y afectuosas.

ANDRES.—¡Hola, prima!

GABI.—Prima por ser sobrina carnal de tu madre, hija de una hermana. Tocante a la segunda intención de la palabra, ni esto; más avisá que un novillero malo.

ANDRES.—Y ¿a qué viene eso?

GABI.—Por un si es caso, que dicen ahí más arriba; en la calle del Peñón, hoy de don Carlos Arniches.

ANDRES.—Como quieras.

GABI.—En tu busca venía, te lo advierto. Ya estuve antes.

ANDRES.—¿En mi busca?

GABI.—Pa saber si me vas a cumplir lo que hace un mes me tienes ofrecido,

ANDRES.—¿Yo?

GABI.—Llevarme esta noche a la verbena.

ANDRES.—¡Ay, chica! Perdona, pero lo había olvidao.

GABI.—¡Qué flaco de memoria!

ANDRES.—Y esta noche no puedo.

GABI.—¡Ah! ¿No?

ANDRES.—Ya me he comprometido...

GABI.—¿Con aquí, la joven, por un casual?

LORENZA.—Conmigo, sí; pero usté no estorba. Venga también si quiere.

GABI.—¡Ay, qué rica! Míreme el ondulao, pero no me lo tome.

LORENZA.—¡Si vamos a ir todos!

GABI.—¿Cómo todos?

LORENZA.—Nosotros, la madre de Andrés y mi padre.

GABI.—¿Reunión familiar? ¡Ay, no, por Dios, quite usté! ¡Qué sosería! ¿Qué dejan ustedes pa la toma de dichos?

ANDRES.—¡Gabi!

GABI.—Servidora.

(Dentro, hacia la izquierda del foro, se oye hablar a LORENZO, que llega acompañado de MIGUEL y de DOÑA MATILDE. Este Lorenzo es un hombre de unos cincuenta años, bien conservado, fachendoso y apuesto, de sedeño bigote y ojos grandes y adormilados; Miguel, su eterno acompañante, un tipo de edad aproximada a la de Lorenzo, que lleva su admiración a nuestro héroe hasta el punto de imitarlo en todo: ademanes, movimientos y actitudes.)

LORENZO.—*(Dentro.)* ¡Que sí, señora, sí! ¡No se preocupe usté, no se preocupe!

ANDRES.—*(Aparte.)* (¡El señor Lorenzo!)

LORENZA.—*(Aparte.)* (¡Mi padre!)

GABI.—*(Aparte.)* (¡*Don Pedro el Cruel*!)

(A la puerta del foro aparecen los tres personajes anunciados.)

LORENZO.—*(A doña Matilde y refiriéndose a Lorenza.)* Mire usté, aquí está ella. Lorenza, hija, haz el favor...

ANDRES.—Buenas, señor Lorenzo y la compaña.

LORENZO.—¡Hola, Andresito! Buenas tardes.

MIGUEL.—¡Salud!

LORENZO.—*(A su hija.)* Aquí, doña Matilde, ya la conoces, la mujer de don Diego Peña, el que fué almacenista de vinos en el Portillo.

LORENZA.—Sí, señor.

LORENZO.—Se me ha presentao en la tienda a llorarme lástimas —su marido, achacoso; ella, aunque ágil y firme todavía, sin ocupación posible, dados sus años—, y yo he pensao, compadecido de su situación angustiosa, que tú vives muy sola y muy abandonada y que pa salir contigo y acompañarte aun podía ser útil; en vista de lo cual he decidido que se instale en casa durante el día, sin perjuicio de que se marche por las noches a dormir a la suya. Por to ello le he ofrecido unos duros al mes. A ti ¿qué te parece?

LORENZA.—¿Qué me ha de parecer? Usté lo ha dispuesto, y yo encantada.

DOÑA MATILDE.—Gracias, hijita; muchas gracias.

LORENZO.—Es una caridad que se hace por quienes habiendo gozao de to, hoy, a su vejez, se ven privaos hasta de lo preciso; y de esa forma tú consigues también lo que, a mi juicio, necesitas: tu señora de compañía, que ya sabes que no me hallaba yo muy conforme con verte salir sola por esas calles como un perico.

LORENZA.—¡De acuerdo, padre!

LORENZO.—¡Pues ya lo oye usté, doña Matilde! Asunto arreglao.

DOÑA MATILDE.—¡Que Dios se lo premie, señor Lorenzo, y Santísima Virgen le colme a usté de bendiciones! ¡Déjeme usté qu le bese la mano!

LORENZO.—(*Oponiéndose.*) ¡Vamos, señora!

DOÑA MATILDE.—¡Déjeme usté que le bese la mano!

LORENZO.—¿Quiere usté callar?

GABI.—(*A Andrés.*) ¡Chico, qué pesez! Vas a tener la novi hasta con carabina. ¡Cuánto postín!

ANDRES.—(*A Gabi.*) ¡Cállate tú, envidiosa!

MIGUEL.—(*A Andrés.*) ¡Y luego dicen que este hombre es crue cuando tiene un corazón que no le cabe en la Telefónica!...

LORENZO.—(*A su hija.*) ¿Tú ya has dao tu lección?

LORENZA.—¡Si no ha venido la maestra!

LORENZO.—¿Cómo? ¿No está tu madre, Andrés?

ANDRES.—No sé decirle.

LORENZA.—No está, no. Ha salido. Me lo ha dicho su abuela.

LORENZO.—Bueno, hija, pues prescinde hoy del bordao y vete p casa, que no me gusta que esté aquello solo. ¡Que te acompañe y doña Matilde!

DOÑA MATILDE.—Sí, señor.

LORENZA.—(*Mostrándole a su padre la pulsera.*) ¡Mire usté, pa dre, qué regalo!

LORENZO.—¡Bonita pulsera!

LORENZA.—¡De Andrés! Pero no comprada, no; hecha por sus manos.

LORENZO.—¿Es posible?

ANDRES.—A ratos perdidos, por entretenerme...

LORENZO.—¡Muchacho, esto está muy bien! ¡Fíjate, Miguel, fíjate!

MIGUEL.—(*Acercándose.*) ¡Magnífico trabajo!

LORENZO.—(*A Miguel.*) Es muy listo este chico.

GABI.—(*Rabiosa, a Andrés.*) ¿De modo que a ella una pulsera? Y a mí, ¿qué me vas a hacer?

ANDRES.—(*A Gabi.*) A ti te haré un collar.

GABI.—(*Dando una rabotada.*) ¿Un collar? Pero, ¿tú me has tomado por un lulú, idiota? ¡Vamos, hombre!

ANDRES.—¡Oye, chica!

GABI.—¡Que te alivies! Y mucho cuidao, no se te vaya a disparara la carabina. ¡Ja, jay! ¡A mí con achares! ¡Sí, sí!

ANDRES.—¡Pero Gabi!

GABI.—¡Hale, a Canfranc, a varear fideos! ¡Buenas tardes!

DOÑA MATILDE.—Buenas...

(*Y Gabi se marcha de estampía por la izquierda del foro.*)

LORENZO.—Es una lástima, Andresito, que pierdas tu tiempo en la estación. Con tus condiciones excepcionales debieras instalarte por tu cuenta. Si no tienes el dinero pa ello yo te lo adelanto.

ANDRES.—Gracias, señor Lorenzo.

LORENZA.—Bueno... ¡Hasta luego, padre! (*Le da un beso.*)

LORENZO.—¡Adiós, hija! En seguida voy yo.

LORENZA.—Andrés... (*Dándole la mano.*) ¡Hasta la noche!

LORENZO.—¡Ah! ¿Le has dicho?

LORENZA.—¿Pa qué ocultárselo?

LORENZO.—Has hecho bien.

ANDRES.—¡Hasta la noche, Lorenza!

LORENZA.—¿Vamos, doña Matilde?

DOÑA MATILDE.—Repito, señor Lorenzo...

LORENZO.—Nada, doña Matilde, nada. ¡Vaya usté con Dios! (¡Pobre mujer! ¡Que el Señor nos libre!)

LORENZA.—Buenas tardes.

MIGUEL.—¡Adiós, Lorenza!

ANDRES.—Buenas tardes. (*Se van por la izquierda del foro Lorenza y doña Matilde. Andrés sale hasta la puerta a despedirlas, permaneciendo allí hasta que se supone que han doblado la esquina. Miguel, a espaldas de Andrés, le hace ver a Lorenzo la actitud del muchacho.*)

LORENZO.—(*Encogiéndose de hombros con un gesto de indulgencia y despreocupación.*) ¡Qué más da! (*A Andrés, cuando este vuelve a escena.*) ¡Pues, señor, es raro que no esté aquí tu madre!

ANDRES.—¡Sí que es raro!

LORENZO.—Si no tardase mucho la esperaríamos. ¿Verdad, Miguel?

ANDRES.—Espérela usté. Avisaré a mi abuela.

LORENZO.—¿Pa qué? No la molestes.

ANDRES.—También está ahí Topete...

LORENZO.—¡Hombre, ése, sí; que salga y nos divertiremos oyéndole!

ANDRES.—Voy a llamarle. ¡Con permiso! (*Vase por la derecha.*)

MIGUEL.—De que estaba Topete ya me había yo percatao. Me bastó ver el acorazao a la puerta... (*Pausa. Se sientan los dos.*)

LORENZO.—De veras que se me hace rara la ausencia de Pu-

rita. (*Sacando su reloj.*) Me citó a las cinco y va a dar la media...

MIGUEL.—La habrán entretenido a la mujer.

LORENZO.—Eso será.

MIGUEL.—¡Mucho te vas tú preocupando de esa prójima, Lorenzo.

LORENZO.—¡Mucho, Miguel! Más de lo que yo quisiera.

MIGUEL.—¡Pos ándate con cuidao, no vayas a colarte, que sería un dolor!

LORENZO.—¿Colarme? Pero ¿no ves que ya lo estoy? Te juro que si ella fuese libre, si no viviese el charrán de su marido, no existiría problema. Nos habríamos casao ya, pero, ¿cómo? ¡Al día siguiente de conocernos! ¡Tanto se me ha metido en el corazón y tan a fondo!

MIGUEL.—¿Es posible, Lorenzo?

LORENZO.—¡Tú no sabes lo que es esa mujer! Callá, humilde, resigná, buena hasta las cachas, víctima de aquel fariseo que la dejó en la flor de su juventud... Otra cualquiera en su pellejo, con su cuerpo y su cara, ¡qué había de conformarse con la vida de sacrificio que ella ha llevao!... Y sin embargo, ¡a ver quién ha podido nunca decir de Purita ni tanto así!...

MIGUEL.—Hasta que tú te has cruzao en su camino.

LORENZO.—¡Tampoco! ¿Qué he conseguido yo? ¿Que me deje charlar a solas con ella un par de veces y acompañarla otras tantas? ¡Pues sí que es porvenir! Yo no puedo vanagloriarme de haberle cogido una mano tan siquiera. Esa es la realidad.

MIGUEL.—No te comprendo entonces, Lorenzo; que tú no has sido nunca hombre de machacar en hierro frío, ni de perder tu tiempo en balde y, si na crees que has de sacar de aquí, ¿a qué vienes?

LORENZO.—¡Hombre!... Con la esperanza vivo; con la esperanza de que ella sienta alguna vez esta misma calentura que a mí me enciende la sangre y to se venga al suelo de repente. Porque no he de negarte que, a pesar de su firmeza, en sus ojos yo adivino que le gusto, que me va tomando ley y..., ¡quién sabe! No me parece que sea fanfarroná de tío marchoso soñar con lo que sueño.

MIGUEL.—¡Natural que no, so lila! La otra tarde aceptó el dinero que le diste; hoy le has mandao un mantón de precio... Pos si se lo queda, ella, que no es ninguna niña, ya sabrá a lo que se compromete, tanto más cuanto tú no le has ocultao la verdad de tus propósitos.

LORENZO.—A la segunda vez que hablamos.

MIGUEL.—Entonces ríete del mundo, Lorenzo, que tuya es la plaza.

LORENZO.—¡Qué más quisiera yo!

MIGUEL.—¡Firmao!

LORENZO.—(*Después de mirar hacia la derecha.*) ¡Calla, que sale ahí Topete! (*Por la derecha aparece TOPETE.*)

TOPETE.—¡Señor Lorenzo!...

LORENZO.—¡Amigo!...

TOPETE.—Me acaba de decir el Andrés que estaba usté aquí y me he apresurao a venir a saludarle. (*Le da la mano.*)

LORENZO.—Muchas gracias, Topete.

TOPETE.—¡Hola, Miguel!

MIGUEL.—¡Hola!

LORENZO.—Acerque usté una silla.

TOPETE.—(*Sentándose.*) ¿Qué hay de lo de mi sobrino, señor Lorenzo?

LORENZO.—Buenas noticias.

TOPETE.—¿De veras?

LORENZO.—Anoche hablé con los empresarios de Price y me han ofrecido solemnemente sacarlo en la primera velada de boxeo que se dé en el Circo.

TOPETE.—¿Es posible? ¿De modo que por fin me lo presentan en público? Señor Lorenzo... ¡Que Dios se la pegue!

LORENZO.—¡Caray, Topete, ponga usté tiento en su lengua, que con sus equivocaciones dice usté cada cosa!...

TOPETE.—Perdone usté. Ha sido la sorpresa. Bueno, y ¿qué cree usté? ¿Saldrá el Felipe bien de la prueba?

LORENZO.—¡Hombre!... Yo creo que sí. En el Felipe hay clase de boxeador caro, y si no se aflige puede llegar, dentro de su peso, a ser una estrella del ring.

TOPETE.—Lo malo pa el chico es que antes de serlo tendrá que verlas tantas veces...

LORENZO.—¿El qué?

TOPETE.—Las estrellas.

LORENZO.—Le diré a usté. Como encajar, encaja bien el muchacho; no se inmuta. Este y yo le vimos la otra noche en Atocha y nos gustó. ¿Verdad, Miguel?

MIGUEL.—Hay clase, hay clase, y mientras haya clase...

TOPETE.—Ya, ya. Mientras haya clase, no digo; pero a lo mejor llegan las vacaciones y pata.

LORENZO.—No sea usté pesimista, Topete. En fin... (*Levantán-*

dose.) Por demostrarle a usté mi confianza. Le convido a usté a unas tintas aquí en el bar de junto para celebrar por anticipao el triunfo del chavea. ¿Hace?

TOPETE.—(*Levantándose precipitadamente.*) ¿Cómo que si hace? Hace la mar de tiempo que no me he visto en otra. Ya lo creo, señor Lorenzo; que una capa no se la desprecio yo ni a mi mayor enemigo.

LORENZO.—¡Pues, vamos! ¡Anda, Miguel! (*Miguel se levanta y los tres se dirigen al foro, cuando por la derecha sale ANDRES, vestido con su mejor ropita.*)

ANDRES.—¿Se marchan ustedes?

LORENZO.—Un momento Si viniera tu madre, que vuelvo en seguida.

ANDRES.—Está bien, señor Lorenzo. (*Desaparecen por la derecha del foro Lorenzo, Miguel y Topete; este último llevándose, como es natural, el barco de los cacahuets.*)

TOPETE.—(*Pregonando.*) ¡Garbanzos y avellonas! ¡Que se va el tío! (*Pausa. Por la derecha sale la SEÑA DORO.*)

SEÑA DORO.—¿Se largaron al fin? ¡Ya era hora, rediez! ¡Qué posmas!

ANDRES.—Acaban de salir ahora mismo, pero el señor Lorenzo ha quedao en volver.

SEÑA DORO.—Mira tú no hiciera Dios que le cogiese un taxi por donde yo me sé, pa que no le viésemos más por aquí.

ANDRES.—Pero qué hincha le ha tomao usté, abuela; sin tener en cuenta que va a ser mi suegro dentro de muy poco.

SEÑA DORO.—¡Tu suegro, tu suegro!...

ANDRES.—¡Anda, que no! Usted lo va a ver. ¡Mi suegro! (*Después de mirar hacia la izquierda del foro.*) Aquí está madre. (*En efecto, por la izquierda del foro aparece PURITA, toda agitada y sofocada.*)

PURITA.—¡Ay! ¡Gracias a Dios! Creí que no llegaba. ¡Qué camisería de mis culpas los sábados! Dos horas me han tenido de plantón. Y la Lorenza, ¿se ha marchao?

SEÑA DORO.—¡Cuánto ha!

PURITA.—Lo siento, pero por más que he querido correr... Y luego los tranvías, que basta que se los necesite pa que no pase ninguno. Bueno, hijo... ¿Y tú? ¡Que no me has dao un beso tan siquiera! (*Se besan.*) ¿Dónde vas tan compuesto?

ANDRES.—A pasearle la calle a mi novia, si a usté no le parece mal.

PURITA.—¿A mí? To lo contrario. Pero, ¿tienes ya novia?

ANDRES.—La Lorenza.

PURITA.—¿Al fin?

ANDRES.—Que hoy me he decidido a hablarle.

PURITA.—Y, ¿qué?

ANDRES.—Lo que usté me dijo.

PURITA.—¿Lo ves? Pos anda con Dios, hombre. ¡Que sea enhorabuena!

ANDRES.—¡Gracias, madre! (*Y sale orgulloso y satisfecho por la izquierda del foro.*)

PURITA.—(*Saliendo hasta la puerta del foro para verle marchar.*) Ya que la calle le resulta estrecha al hijo de mi alma. (*Volviendo a escena.*) Y es que no hay como un querer pa ensanchar el espíritu y pintárnoslo to color de rosa. (*Viendo la caja del mantón.*) Y esto ¿qué es?

SEÑA DORO.—Deja eso ahí, Purita.

PURITA.—¿Por qué? ¿No es el mantón que me había ofrecido el señor Lorenzo?

SEÑA DORO.—El mantón es, pero déjalo ahí hasta que hablemos. Una mujer casá no pue admitir regalos más que de su marido.

PURITA.—¿Mi marido? ¡Como no me mande la letra de un tango!...

SEÑA DORO.—¿Adónde vas, criatura? ¿Qué bicho malo te ha picao que te ha cerrao de pronto los ojos y el sentido? ¿Sabes, hija, quiénes han estao aquí, en tu ausencia, a ponerme la cabeza como un bombo a cuenta de tus locuras? Tu cuñá Milagros y el Indalecio.

PURITA.—¡Buena gente!

SEÑA DORO.—Buena o mala, lo que ellos me han dicho no pue ser y hay que recoger velas a tiempo pa dar un mentís a tos los que te traen y te llevan en sus lenguas de víboras.

PURITA.—Pero, ¿qué han dicho de mí?

SEÑA DORO.—Cosas que yo no quiero repetirte, pa no tomarme otro sofocón, pero que es necesario que se acaben, Pura. Como también es necesario que el señor Lorenzo no ponga aquí los pies, ni tú cruces con él ni el saludo siquiera. Y ese mantón se lo devuelves ahora mismo, y con el mantón los cincuenta duros que te regaló el otro día.

PURITA.—¿A mí?

SEÑA DORO.—¿Vas a negarlo?

PURITA.—Niego lo del regalo. Los cincuenta duros me los dió en pago de las lecciones de su hija.

SEÑA DORO.—(*Con sorna.*) ¿Cincuenta duros por enseñar a bordar? ¡Vamos, mujer! Ni que fueras tú una máquina Singer. ¡A otro perro con ese hueso, Purita! ¡Te han cambiao, muchacha! (*Yendo hasta el mostrador, tirando del cajón, sacando una cartera y de ella cincuenta duros en billetes que entrega a su hija.*) Y toma ese dinero, que yo te lo doy pa que se lo devuelvas. Es to el capital que guardaba pa mi manejo, pero lo primero es quedar bien en este mundo. Toma. Ahí va.

PURITA.—¡Pero, madre!...

SEÑA DORO.—Y se terminó este fregao; las visitas de *Don Pedro* aquí, tus salidas en falso, las citas entre dos luces en el café de Barbieri...

PURITA.—¿También eso le han dicho?

SEÑA DORO.—También. Lo que no se hace es lo que no se sabe, Purita.

PURITA.—¡Qué gente, Dios!

SEÑA DORO.—Y, ¡qué loca tú que, conociendo a la gente, has dao lugar a to esto!

PURITA.—Pero si el señor Lorenzo no exige na de mí, ¿qué mal hay en que yo le quiera?

SEÑA DORO.—¡Que ties un hijo, Puri; un hijo que es tu espejo y tu orgullo mayor, por el que te has sacrificao toa la vida, y piensa qué dolor no sería el tuyo si vieses que un día tu hijo se apartaba de ti avergonzao de que su madre fuese una mala mujer.

PURITA.—(*Con desesperación.*) ¡No!

SEÑA DORO.—Pos, ese camino llevabas. Conque, ¡ojo! (*Viendo cruzar por la ventana de la derecha del foro a LORENZO, camino de la casa.*) ¡Ahí tienes el hombre! Despáchalo y vuelve a ser quien siempre has sido. ¡Por tu hijo, Puri! (*Vase por la derecha.*)

PURITA.—¡Por mi hijo!

LORENZO.—(*Apareciendo por la puerta del foro.*) ¿Qué pasa? ¿Se va su madre porque vengo yo? (*Acercándose a ella.*) ¿Qué es eso? ¿Ha llorao usté, Purita?

PURITA.—(*Disimulando.*) No.

LORENZO.—Me quiso parecer.

PURITA.—(*Dándole los billetes.*) Tenga usté, Lorenzo. Y muchas gracias.

LORENZO.—¿Qué me da usté aquí?

PURITA.—El dinero que me prestó usté la otra tarde, que ya no lo necesito.

LORENZO.—Pero, ¿no habíamos quedao?...

PURITA.—Me encuentro así, un poco malucha, y como no voy a ir esta noche a la verbena... ¿Pa qué lo quiero?

LORENZO.—¿Que no va usté a ir esta noche a la verbena? ¿Es posible? ¡No es posible! ¿Qué hay aquí? Séame usté franca, Puri.

PURITA.—No hay na, Lorenzo; no hay más que lo que yo le había pronosticao a usté tantas veces: que esto nuestro iba ca vez por peor camino y que cuarquier día sería menester hacer un corte. Y ese día ha llegao.

LORENZO.—Pero, ¿cómo que ha llegao?

PURITA.—Sí, Lorenzo, sí. La gente ha empezao a murmurar, a mi madre ya le han venido con el soplo de nuestras entrevistas... Yo soy casá, aunque no lo parezca; tengo un hijo, a quien me debo, y yo no quiero dar lugar a que mi hijo, interpretando mal esta amistad de usté y mía, si a sus oídos llega la murmuración, pueda pedirme cuentas y hasta escupirme a la cara.

LORENZO.—¿Con esas salimos ahora, Purita? Pero, ¿cree usté que a un hombre como yo se le tiene encandilao dos meses pa darle luego la patá de Charlot en sus propias narices? ¡Vamos, Purita! Usté se ha confundido y me ha tomao a mí el número cambiao.

PURITA.—¿Qué quiere usté decir?

LORENZO.—Lo que digo, y bien claro: que cuando las cosas llegan a un punto no se puede porque sí dar marcha atrás sin que estalle el motor. Conque usté piénselo bien antes de proceder en esa forma.

PURITA.—¿Es una amenaza?

LORENZO.—Es un consejo, pero tómelo usté como quiera. Me es lo mismo.

PURITA.—¡Ah! ¿Sí? ¡Ea! ¡Pos ya hemos terminao de hablar!

LORENZO.—¡Purita!

PURITA.—¡Y esa es la puerta, Lorenzo!

LORENZO.—¡Pero, mujer!...

PURITA.—¡Esa es la puerta he dicho!

LORENZO.—(¡Mi abuela!) No se sulfure usté. ¡Bien está! ¿Y que yo me haya colao con usté pa luego esto? ¡Maldito sea el vino dulce! Ahora que usté esta faena me la paga. ¡A fe de Lorenzo que me llamo! No se figure usté que a mí se me tira al arroyo de rositas.

PURITA.—¡Lorenzo!...

LORENZO.—¡Por mi salud que no! ¡Maldito sea el jarabe! Y en la vida me perdonaré el haber sío tan confiao. ¡Hasta nunca, Purita! ¡Maldito sea el arrope!... (*Y se va por el foro izquierda hablando solo y desesperado. Purita, al verle marchar, no puede contenerse y le llama suplicante, pero la SEÑA DORO sale oportunamente por la derecha y la detiene.*)

PURITA.—¡Lorenzo!

SEÑA DORO.—¡Tú quieta aquí!

PURITA.—(*Llorando.*) ¡Se va y yo le quiero, madre!

SEÑA DORO.—¿Le quieres? ¡Pos te aguantas!

PURITA.—(*Implorante.*) ¡Madre!

SEÑA DORO.—(*Con energía.*) Na más que eso. ¡Te aguantas! (*Purita cae sollozando sobre una silla y la señá Doro permanece de pie, muda, hierática, como una esfinge. Baja el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO





Planta baja de la tienda de tejidos de Lorenzo, en la calle de Toledo. A derecha e izquierda del foro, sendos escaparates con muestras de los géneros mejores del establecimiento, y en el centro, puerta que da a la calle y que a su tiempo cubrirá un cierre metálico. En los laterales, adosadas a la pared, grandes estanterías con piezas de tela de distintas clases. Delante de cada estantería, un mostrador; delante de cada mostrador, tres o cuatro sillas de madera, y apoyada en la estantería de la derecha, una escalera de mano. En primer término de la derecha, una cabina con una ventanilla sobre la que se lee, escrita con gruesos caracteres, la palabra "Caja", y una puertecilla practicable frente al público. Dentro de la cabina, una máquina registradora. Entre los escaparates y las estanterías, un pasillo como de un metro de ancho, al final del cual, por la parte de la derecha, hay un portón que comunica con el portal de la casa. Es de día, por la mañana. Se supone que del acto primero al segundo ha transcurrido un mes.

(Al levantarse el telón aparecen en escena LORENZA y LIBORIO, un chico dependiente de la tienda. Sobre el mostrador de la derecha varios periódicos, y en las manos de Liborio, otro.)

LORENZA.—*(Instándole a que lea.)* ¡A ver ése cómo lo trata!

LIBORIO.—*(Hojeando el periódico.)* Espérate a que lo encuentre, mujer. ¡Aquí está! *(Leyendo.)* "Anoche en Price."

LORENZA.—Te vuelvo a repetir que se dice Prais, porque es inglés, Liborio.

LIBORIO.—Tienes razón. Y es que soy negao pa esto de las lenguas extranjeras. No me entra ni el catalán.

LORENZA.—¡Anda, lee!

LIBORIO.—(*Leyendo.*) "Anoche en Price, digo en Prais. El máximo interés de la velada estaba circunscrito al encuentro de Saturnino Valencia, campeón de Valladolid, con el amateur madrileño..."

LORENZA.—(*Corrigiéndole.*) Amater.

LIBORIO.—Aquí pone amateur.

LORENZA.—Pero es amater. No seas pesado.

LIBORIO.—Bueno, bueno. (*Leyendo.*) "Amater madrileño Felipe Aragonés, procedente de la Ferroviaria, y del que, según las referencias que luego se vieron confirmadas, se esperaban grandes cosas. Todo el combate fué un continuado triunfo para nuestro paisano, que hizo gala de sus maravillosas facultades, hasta dejar k. o. a su adversario..."

LORENZA.—(*Corrigiéndole.*) Nocao.

LIBORIO.—¿Cómo?

LORENZA.—Nocao.

LIBORIO.—Chica, pos se han comido la mar de letras, porque aquí no pone más que k. o. ¡Fíjate!

LORENZA.—Que quiere decir nocao.

LIBORIO.—Que quiere decir, pero que no lo dice. ¡Eso, bueno!

LORENZA.—¡Sigue, Liborio!

LIBORIO.—(*Leyendo.*) "Hasta dejar nocao a su adversario en el quinto asalto. La ovación delirante que el público le tributó a Aragonés fué el justo premio a su labor finísima. Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que nos hallamos frente a un púgil que honrará el boxeo español dondequiera que se presente. ¡Enhorabuena, muchacho!"

LORENZA.—¡Que me alegro! ¿De manera que, por lo visto, el Felipe ya tiene asegurao su porvenir?

LIBORIO.—¡Y de qué modo!

LORENZA.—(*Suspirando.*) ¡Ay! ¿Cuándo querrá Dios que a mí me suceda lo mismo? El día que yo debute en el teatro...

LIBORIO.—Que será cuando tu padre esté mascando tierra...

LORENZA.—¡Qué se sabe! Sueño con eso, Liborio.

LIBORIO.—¿Con que tu padre esté mascando tierra?

LORENZA.—Con verme en un escenario, animal, con mi buen

traje de tisú de oro, mi buena diadema de brillantes en la cabeza y recitando aquello tan bonito de "El alcázar de las perlas"...

"¡Las fuentes de Granada!
¿Habéis sentido
en la noche, de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?"

LIBORIO.—(*Al sentir abrirse la puerta del pasillo.*) Chica... ¡Tu padre!

LORENZA.—(*Dando un traspiés y corriendo a meterse en la cabina.*) (¡Mi abuelo!) (*Por la puerta de la derecha del pasillo entra LORENZO, de gorra y con cara de malhumor.*)

LORENZO.—¡Hola! Buenos días.

LORENZA.—¡Hola, papá!

LIBORIO.—Buenos días, jefe.

LORENZA.—¿Ha leído usté los periódicos, lo bien que hablan del Felipe?

LORENZA.—Ahora los leeré. (*Por el foro, de derecha a izquierda, cruza la calle DON DIEGO, un señor de edad avanzada, y se detiene un momento a la puerta de la tienda para saludar a Lorenzo.*)

DON DIEGO.—Se le saluda, amigo.

LORENZO.—¡Vaya usté con Dios, don Diego. (*Don Diego desaparece por la izquierda.*)

LORENZA.—¿Quién es?

LORENZO.—Nuestro vecino, el médico que vive en el piso de abajo.

LORENZA.—Ya.

(*Lorenzo se sienta a la parte de afuera del mostrador de la derecha y se pone a leer los periódicos. Pausa. Por el foro entran en la tienda BIBIANA y ROSITA, dos buenas mozas del barrio.*)

BIBIANA.—¡Santos y buenos! (*Se dirigen al mostrador de la izquierda.*)

LORENZO.—Buenos los tengan. ¡Despacha, Liborio!

LIBORIO.—(*A Bibiana y a Rosita.*) ¿Qué se ofrece?

BIBIANA.—¿No nos podría servir el dueño?

LIBORIO.—Se lo diré a ver. (*Yendo hasta Lorenzo.*) Que si no podría usté servirlas.

LORENZO.—(*Soltando el periódico y con gesto de contrariedad.*) Bien está. (*Levantándose y yendo hasta el mostrador de la izquierda.*) (*Aparte.*) (¡Ni leer le dejan a uno!)

BIBIANA.—Usté perdone.

LORENZO.—De nada. ¡Por Dios! ¿Qué es lo que desean?

BIBIANA.—Pos, verá usté; como desear, deseamos una telita ligerita, vaporosita y baratita pa una blusita.

LORENZO.—¡En seguidita! ¡Liborio, sácate las piezas de "vuela"!

LIBORIO.—Sí, señor. (*Titubea, yendo de un lado para otro, sin acertar a saber dónde se encuentra lo que le han pedido.*)

LORENZO.—¡Vamos, chico! Date prisa.

LIBORIO.—Sí, señor, si ya me la doy; si aquí el que no corre... ¿Ha dicho usté "vuela"?

LORENZO.—Sí, hijo; "vuela", piezas de "vuela". (*Señalando la estantería de la izquierda.*) Aquí están. ¿No las ves, pasmao?

LIBORIO.—(*Acudiendo al sitio indicado para ayudar a Lorenzo.*) Si, señor, sí.

(*Por el foro entra GABI.*)

GABI.—Buenos días.

LORENZO.—(*A Liborio.*) Déjame. Atiende tú ahí. (*A Gabi.*)

LIBORIO.—¿Dónde? (*Viendo a Gabi.*) ¡Ah, ya! (*Acercándose a la muchacha.*) ¡Hola, Gabi!

GABI.—¡Hola, Liborio! ¿No ha venido el Felipe? (*Siguen hablando en voz baja.*)

BIBIANA.—(*A Rosita, por Lorenzo, mientras éste saca de la estantería varias piezas de "vuela" y las amontona en el mostrador.*) ¿Te has fijao qué hombre, Rosita? ¡Es un sol!

ROSITA.—Un sol que se pone, Bibiana; los cincuenta no los cumple.

BIBIANA.—¡Calla, mujer, no me digas! Tie un mirar que es mismamente Onofrof. Clava en una los ojos y la atonta.

LORENZO.—(*Poniendo delante de Bibiana y de Rosita las piezas y desdoblando algunas.*) Aquí tienen ustés donde elegir.

ROSITA.—(*A Bibiana, mostrándole una de las piezas.*) Esta no es fea, ¿verdad, tú?

LORENZO.—Las hay de distintos precios: de una cincuenta, de dos, de tres y de tres cincuenta.

(*Por el foro entra MILAGROS y se dirige hacia el mostrador de la derecha.*)

MILAGROS.—¡Servidora!

LORENZO.—(*Soliviantado y aparte.*) (¡Arrea! ¡La Milagros! ¿A qué vendrá ésta aquí?)

BIBIANA.—(*A Lorenzo, por las piezas.*) Usté, ¿con cuál se quedaría?

LORENZO.—(*En tono galante y como brindándoselo a Milagros.*) Pa no equivocarme, entre usté y la joven, me quedaría con las dos.

BIBIANA.—¡Mi madre, qué ansioso!

ROSITA.—A mí no me meta usté en líos.

BIBIANA.—(*A Rosita.*) Y que iba a ser mucho caldo pa él eso de las dos. ¿No te parece?

LORENZO.—Lo tomaría a sorbitos. (*Las muchachas se ríen a carcajadas, lo que desespera a Milagros, que no aparta su mirada del grupo.*)

MILAGROS.—(*Muy quemada.*) ¡Lorenzo!

LORENZO.—(*Como si se tratase de una parroquiana cualquiera.*) ¡Va de seguida! ¡Liborio, despacha ahí a la señora!

LIBORIO.—Un momento, Gabi.

GABI.—¡No faltaba más!

LIBORIO.—(*Pasando al mostrador de la derecha e interrogando a Milagros.*) La señora me dirá.

MILAGROS.—No se moleste el joven, pero tengo capricho de que me despache el amo.

LIBORIO.—Como guste la señora. (*Aparte*) (Toas dicen lo mismo. ¿Pa qué estará uno aquí?) (*Yendo hasta Lorenzo.*) Que quiere que usté la despache.

LORENZO.—(*Nervioso.*) ¡Hombre! Pos sí que la voy a despachar. ¡Pero que ahora mismo! (*A Bibiana y a Rosita.*) Con permiso, monadas.

BIBIANA.—¿Se va usté?

LORENZO.—En seguida vuelvo.

BIBIANA.—Que nos vamos a pasar aquí la mañana, señor Lorenzo. Y que hay que ver si nos arreglamos...

LORENZO.—¿Eh?

BIBIANA.—En esto dè la "vuela".

LORENZO.—¡Un minuto, prenda! (*Se acerca a Milagros por fuera del mostrador.*)

MILAGROS.—¿Na más?

LORENZO.—(*A Milagros en voz baja y con rabia.*) ¿A qué vienes aquí?

MILAGROS—¿Te dignas ya dirigirme la palabra?

LORENZO.—Sabes que te he dicho mil veces que mientras mi hija esté al cargo de la caja tú no tienes que aparecer por la tienda.

MILAGROS.—Y ¿dónde te veo, rico?

LORENZO.—Menos aquí, en cualquier parte.

MILAGROS.—¿Vas a ir por casa?

LORENZO.—Lo pensaré.

MILAGROS.—¿Tan adentro se te ha metido mi cuñadita que ya no quieres na con las demás.

LORENZO.—Lo de la Puri terminó hace un mes y no hay por qué hablar de ello, Milagros.

MILAGROS.—¿Que terminó? No sabía... Aunque debí suponérmelo. Conseguido su propósito...

LORENZO.—¿Qué propósito?

MILAGROS.—Pero, ¿tan presumido eres que no te has dao cuenta de las intenciones de Purita al hacerte lao y darte coba el tiempo que haya sido?

LORENZO.—¿A mí?

MILAGROS.—¡Pa que veas, hombre, que al mejor cazador se le va una liebre! Mi cuñada Purita no ha querido a nadie en su vida, ni siquiera a mi hermano, que por eso la dejó. Más fría es que un pedazo de hielo y más interesá que un crio. ¿Pensabas tú que iba a quererte a ti, así, de buenas a primeras y na más que por tu bella cara? ¡No, Lorenzo! Tan tontas y confiás como yo se encuentran pocas. Mi cuñada Purita buscaba lo que buscaba y, una vez lograo, la del humo pa ti.

LORENZO.—Pero quieres explicarte, Milagros, que se te ha pegao el estilo de tu marido y no hay quien te entienda. ¿Qué es lo que buscaba Purita?

MILAGROS.—Pos, hijo, de claro que está, a la vista salta; buscaba que su hijo, mi sobrino Andrés, se casara con tu chica, pa hacerse ella con tus dineros y na más. Y estando ya en relaciones los muchachos... ¿Qué falta le hacías tú?

LORENZO.—¡Mentira!

MILAGROS.—¡Anda, mentira! Tan verdad como ese sol que nos alumbra. Y si no, haz una prueba. ¿Quieres que la Purita vuelva a ti mansa como una oveja? Oponte al noviazgo de los chicos y de nuevo la verás a tu lao.

LORENZO.—¡Pero, si no es posible!

MILAGROS.—¡Haz la prueba!

LORENZO.—Bueno, mira, Milagros, vete; vete y no trates de mortificarme, si no quieres...

MILAGROS.—No alces la voz, que está ahí tu hija.

LORENZO.—Por eso mismo. ¡Vete! (*Siguen hablando en voz baja.*)

ROSITA.—(*A Bibiana, por Milagros.*) ¿Quien es?

BIBIANA.—La mujer del Indalecio, el de Embajadores, agua pasada del señor Lorenzo.

ROSITA.—¿También? ¡Hija, qué hombre!

LIBORIO.—(*A Gabi.*) Pos ya le digo, Gabi: el Felipe vendrá, pero no sé a qué hora, porque después de su victoria de anoche

en Price—aguarde usté, en Pradis—, el amo le dié permiso pa que se quedase hoy durmiendo hasta que le saliese musgo.

GABI.—Me hubiera gustao felicitarle.

LIBORIO.—Si usté quiere, cuando venga yo le diré que ha estao usté aquí.

GABI.—Si me hiciera usté el favor...

LIBORIO.—Usté me manda, Gabi.

GABI.—Muchas gracias, Liborio. Si puedo, volveré. ¡Vaya, hasta la vista!

LIBORIO.—¡Que usté lo pase bien, so fea! (*Vase Gabi por el foro.*)

BIBIANA.—(*Impaciente, al ver que la conversación de Lorenzo y Milagros se prolonga.*) ¡Pero, señor Lorenzo!...

LORENZO.—¡Voy! Perdóneme un momento. (*A Milagros.*) Y perdona tú, pero me debo a la parroquia.

MILAGROS.—Sí, hombre, sí; anda a lo tuyo, a robar corazones, que es tu oficio, ladrón. ¡Y que no escarmentemos las mujeres unas en otras!... ¡Buenos días! (*Vase por el foro.*)

LORENZO.—(*Volviendo al mostrador de la izquierda.*) Ustés disimulen. ¿Qué? ¿Han elegido ya? ¿Con cuál se quedan al fin?

BIBIANA.—Aguarde usté un poco, criatura, que no es puñalá de pícaro. ¿Me dijo usté que ésta era a tres pesetas?

LORENZO.—(*Mirando a Bibiana muy de cerca y con ojos gachones.*) Le dije a usté que tres cincuenta.

BIBIANA.—(*Sintiéndose dominada por la mirada de Lorenzo.*) Le daré cuatro.

LORENZO.—¡Tanto mejor!

BIBIANA.—Por eso no vamos a reñir.

LORENZO.—Ni por eso ni por nada. Usté y yo tenemos que ser muy buenos amigos. (*Se retira hacia el foro.*)

BIBIANA.—(*A Rosita.*) ¡Ay, qué hombre, Rosita! Me mira y me desencuaderna.

ROSITA.—Ya lo veo, ya.

BIBIANA.—(*A Lorenzo.*) Pero, ¿adónde va usté ahora?

LORENZO.—A coger el metro.

BIBIANA.—¡Mi madre! (*Lorenzo le muestra el metro de medir.*) ¡Ah, ya! Creí que se me largaba usté a Cuatro Caminos.

LORENZO.—¡Festiva! (*Con el metro en la mano.*) ¿Cuántos le pongo?

BIBIANA.—Póngame cinco. (*A Rosita.*) Habrá bastante, ¿no?

ROSITA.—De sobra.

BIBIANA.—Pos cinco, señor Lorenzo. (*Lorenzo mide la tela corta.*) ¿Se debe?...

LORENZO.—(*Apuntando con lápiz en un cuadernillo el precio d la compra, arrancando la hojilla y dándosela a Bibiana.*) A paga en caja, si me hace el favor.

BIBIANA.—(*Dándole la hojilla a Rosita y con ella un billete d veinticinco pesetas.*) Anda, Rosita; ve tú.

(*Rosita se dirige a la caja y por la ventanilla entrega la hojill y el billete, mientras Lorenzo dobla la tela cortada, la envuelve e un papel y le da el papelito a Bibiana.*)

LORENZA.—(*Tomando la hojilla y el billete.*) Diez y siete cincuen ta. (*Hace funcionar la máquina registradora.*) Y cincuenta, diez ocho. Y dos, veinte. Y cinco, veinticinco. Muchas gracias.

ROSITA.—De nada, joven.

(*Mientras Rosita coge la vuelta del billete, Lorenzo aprovecha e momento para hablar con Bibiana en tono menor.*)

BIBIANA.—Cuando pueda ser, ya le avisaré yo.

LORENZO.—¡Que no me engañe!

BIBIANA.—¡Descuide usté, castigador!

ROSITA.—(*A Bibiana.*) ¡Vámonos, tú! Toma la vuelta.

BIBIANA.—¡Hasta otra vez, señor Lorenzo!

LORENZO.—¡Que sea pronto!

BIBIANA.—Se procurará.

ROSITA.—Buenos días.

LORENZO.—¡Vayan ustés con Dios!

BIBIANA.—(*A Rosita.*) ¡Ay, qué hombre éste, Rosita, qué hombre éste! (*Salen las dos por el foro.*)

LORENZO.—¡Liborio, recoge esas piezas! (*Se refiere a las de "vuela" que hay sobre el mostrador. Liborio las dobla y las coloca en la estantería de la izquierda.*) ¡Y a ver si le dejan a uno enterarse de lo que dicen los diarios del Felipe! (*Por el foro entran, derrochando júbilo y satisfacción, TOPETE y FELIPE.*) ¡Atiza! ¡Pero si tenemos ya aquí a nuestro héroe! ¡Felipillo! ¡Topete! ¿Qué? ¿Se ha descansao?

FELIPE.—Así, así, señor Lorenzo; no crea usté...

LORENZA.—(*Saliendo por la puertecilla de la cabina.*) ¡Que sea enhorabuena, Felipe! ¡Ya me han contao, hombre!

LIBORIO.—¡Enhorabuena, chico!

FELIPE.—Gracias, gracias.

LORENZA.—Y a usté también, Topete. ¡Muy enhorabuena!

TOPETE.—Gracias, hoja mía; muchas grocias. ¡Qué emoción! ¡Qué triunfo! ¿Verdad, señor Lorenzo? ¡Qué sobrino tengo! ¡Ay,

qué sobrino! Ven acá. (*Y le da a Felipe en cada mejilla un sonoro beso de ama de cría.*)

FELIPE.—¡Tío!

TOPETE.—¡Y ole! (*Levantándole el brazo a Felipe.*) Vencedor. ¡Viva mi gallo!

LORENZA.—Pero, ¿tuvo usté valor pa presenciar el combate?

TOPETE.—¡Anda que si tuve!

LORENZO.—En el propio ring.

TOPETE.—¿No ves que iba de maniquí de éste?

FELIPE.—De mananger, tío.

TOPETE.—Es igual. Toa la veloda me la pasé haciéndole aire con la toalla, que mira qué trizas no me daría en su manojo que esta mañana, al coger la mía pa secarme, después de haberme lavao, no sabía hacer otro movimiento que éste. (*Y acciona como si estuviera haciéndole aire a un boxeador después de un asalto.*) Hasta que me cogí la cara en un descuido y pude secármela. ¡No te digo más!

LORENZA.—¡Qué gracioso!

LORENZO.—Pero, bueno, hoy estará usté bien satisfecho y contento.

TOPETE.—Sí que lo estoy... ¿A qué negarlo? Y eso que los nervios no me han dejao pegar un ajo en toa la noche. Pero to se puede perdonar en grecia al porvenir que se le presenta a mi sobrino. Va a ganar los dineros a mantones. ¿No, señor Lorenzo?

LORENZO.—¡Vaya!

TOPETE.—¡Qué paliza la que le dió a Valencia!

LIBORIO.—Lo dejó pa las mulillas.

LORENZO.—¡Bien estuvo el muchacho, bien estuvo!

TOPETE.—El uppercut del segundo round fué un bordao.

FELIPE.—Que no fué uppercut, tío, que fué un crochet.

TOPETE.—Sería crochet, pero salió bordao.

FELIPE.—Primero le di un gancho y luego el crochet.

TOPETE.—¡Hombre! ¡Claro! Pa el crochet tenías que darle el gancho. ¡Mira éste!

LORENZO.—¿Y el directo del cuarto round, Topete? ¿Se acuerda usté?

TOPETE.—¡Anda, que si me acuerdo! El directo a Valencia fué un sueño. ¡Menuda ovación le largaron! Pos luego, cuando salimos del circo, el público, que nos esperaba a la puerta, cogió al Felipe en volandas, que casi me lo estrellan, hasta que yo, en un descuido, pude arrebatárselo a la multitud y meterlo en el café de Castilla pa quitarlo del sobo de las masas, aunque, claro, to inútil;

allí se nos metió también la gente. Y un señor, acercándose a nuestra mesa, le dijo a éste: vaya, muchacho, pa una eminencia como tú, otra eminencia. Y le entregó un puro, tamaño así, que esta mañana nos lo hemos fumao los dos, después del desayuno, encendiéndolo por en medio y chupando ca uno de una punta. ¡Y qué puro, señor Lorenzo! ¡Lo mejor de la Habono!

FELIPE.—¡De la Habana, tío!

TOPETE.—Pos eso: de la Havena. ¿Qué he dicho yo? ¡Ay, Virgencita de la Paloma! ¡Lo de anoche fué tópico!

FELIPE.—¡Epico!

TOPETE.—¡Hípico! Si lo sé decir. ¿Qué te creías? ¡Viva mi gollo!

FELIPE.—¡Hay que dejarle!

LIBORIO.—(*A Felipe, mientras Lorenza, Topete y Lorenzo forman grupo hacia la derecha y hablan en voz baja.*) Sabrás que ha estao aquí la Gabi a felicitarte.

FELIPE.—¿Cuándo? ¡Maldita sea!...

LIBORIO.—No hace mucho.

FELIPE.—Y ¿no va a volver?

LIBORIO.—Dijo que si podía...

FELIPE.—¡Maldito sea!...

LIBORIO.—¡Mírala! Aquí está.

(*En efecto, por el foro entra GABI.*)

FELIPE.—¡Gabi!

GABI.—¡Hijo! Se vende usté más caro que el platino.

FELIPE.—Perdóneme usté, Gabi; pero si yo hubiese sabido que iba usté a venir a verme, no duermo.

GABI.—No, hombre. ¡Quite usté! Descanso pide el cuerpo y más después de lo de anoche, en que creo que le arreó usté al Valencia más que a una estera.

FELIPE.—Se hizo lo que se pudo.

GABI.—Ya, ya. ¡Que sea enhorabuena!

FELIPE.—De usté la acepto con más gusto que de nadie.

GABI.—Lo que parece mentira es que usté, que así, a simple vista, es una pavesa, con menos carne que un pirulí, tenga luego esos arrestos.

FELIPE.—(*Pavoneándose.*) Engañamos mucho los finitos, Gabi.

GABI.—Por eso yo no me fío de usté ni la punta de un lápiz. ¡Mira qué gracia!

FELIPE.—(*Recogiendo velas.*) Eso no, Gabino. Engañamos en lo aparente, pero en lo interior no encontrará usté más que lealtad, cariño y honradez.

GABI.—Pa quien lo crea.

FELIPE.—Pos créalo, porque es la fija. Si soñaba yo con el trunfo de anoche no era más que con el deseo de poder ofrecerle a usté un porvenir más dorao que el de un triste dependiente de telas. Y ya que lo tengo, a sus pies lo pongo.

GABI.—No, por Dios, a mis pies, no; no vaya yo a pisarlo y sería una lástima. Póngalo usté en otro sitio cualquiera.

FELIPE.—¡Gabi!

GABI.—¡Pos claro, hombre! Bueno, y cumplido mi gusto de felicitarle a usté, me largo pa mi casa.

FELIPE.—¿Dejándome así?

GABI.—Dejándolo como me lo encontré, sin llevarme na suyo.

FELIPE.—Se lleva usté mi corazón.

GABI.—No se ponga usté así. Y si me lo llevo, se habrá enganchao él solito en los flecos de mi mantón, que yo no soy culpable. Conque, lo dicho, Felipe; que me he alegrao la mar de su victoria y que siga la racha.

FELIPE.—¡Gabi!

GABI.—Y na más, hombre, na más; que, bueno que sea usté mosca, pero no moscardón. ¡Vaya, buenos días! (*Y pinturera y garbosa como siempre sale por la puerta del foro, dejando consternado a Felipe.*)

FELIPE.—¡Gabi! (*A Liborio.*) ¡El sol me va a sacar esa mujer de la cabeza!

LIBORIO.—¿Se resiste?

FELIPE.—Me torea por chicuelinas, que es peor. (*A Topete.*) Oiga usté, tito; a ver si escoge usté ahora, que estamos solos, la tela pa su traje.

TOPETE.—Ya la escogeremos.

FELIPE.—Quiero que vaya bien vestío, porque como va a ser mi mananger y ha de tratar con las empresas que piensen contratarnos...

LORENZO.—Na más lógico.

(*Por el foro entra MIGUEL.*)

MIGUEL.—¡Salutem plurimam!

LORENZO.—¡Hola, Miguel! (*Mirando su reloj.*) La una y media, señores; la hora del piri. Se presentó el cronómetro. (*Por Miguel.*) Tú, Liborio, echa el cierre. Y ya os podéis subir a comer. (*Liborio con un gancho corre el cierre metálico de la puerta del foro hasta la mitad.*)

FELIPE.—¿Usté se queda, tito?

TOPETE.—Te aguardo pa lo del traje. ¿No hemos quedao?...

FELIPE.—¡Hasta ahora, entonces!

LIBORIO.—¡Hasta ahora!

(Felipe y Liborio se marchan por el portón de la derecha del pasillo del foro. Topete continúa hablando con Lorenza hacia la derecha, y Lorenzo se va a hablar con Miguel hacia la izquierda.)

MIGUEL.—¿Qué hay de nuevo?

LORENZO.—Lo que tú cuentes.

MIGUEL.—Poca cosa.

LORENZO.—Hace un rato que ha estao aquí la Milagros.

MIGUEL.—¿Toavía colea ese asunto?

LORENZO.—Eso quisiera ella, pero la Milagros se terminó pa mí. Ahora que me ha dicho una cosa que como sea verdad va a haber aquí más que palabras.

MIGUEL.—¿Qué te ha dicho?

LORENZO.—Que to el afán de la Puri por atraerme era pa conseguir que su chico se pusiese en relaciones con mi Lorenza. Y eso no, Miguel; eso no pue ser así, porque, si lo fuera, no habría perdón de Dios pa esa gente.

MIGUEL.—Pero, ¿el qué no pue ser? ¿Que tu chica y el Andrés sean novios? ¡Si lo saben las madres? Y yo creí que tú también lo sabías, sino que te hacías el enajenao pa no complicar más las cosas.

LORENZO.—¿Es posible?

MIGUEL.—¡Vamos!

LORENZO.—¿Luego esa gente lo que ha buscao es mi dinero? ¿No me ha engañao la Milagros? ¡Pos yo te juro que no será mientras el cuerpo me haga sombra! Hoy mismo hablaré yo a solas con mi hija y le diré to lo que viene al caso. ¡Ventajas, no! ¡Y conmigo, menos! ¡Anda, vamos a tomar el vermut! ¿Hace un vermut, Topete?

TOPETE.—No, muchas gracias. Me quedo aquí haciéndole compañía a la Lorenza.

LORENZO.—Pero sin levantármela de cascos con las comedias, ¿eh?, que ya sabe usté cuál es mi opinión respecto a eso.

TOPETE.—Porque tiene usté la cabeza más dura que un peñasco, señor Lorenzo.

LORENZA.—Ya ve usté... ¡Mi única afición!

LORENZO.—Te prefiero radioescucha.

TOPETE.—Es una manía como otra cualquiera.

LORENZO.—No es manía, Topete; es que no sirve. Pero ¿qué va a servir mi hija pa cómica? To son figuraciones de usté, en su

deseo de arrimar el ascua a lo suyo. ¡Na más que eso! ¡Anda, Miguel! ¡Hasta ahora!

MIGUEL.—Buenos días.

LORENZA.—¡Hasta ahora, padre!

(*Lorenzo y Miguel salen por el portón de la derecha del pasillo del foro.*)

TOPETE.—¡Que no sirves! Me gustaría que te viese, como te veo yo, en uno de esos momentos tuyos de inspiración dramática pa saber lo que decía entonces.

LORENZA.—Lo mismo. Dispuesto a no dar su brazo a torcer...

TOPETE.—Pos es una tiranía la que ejerce contigo. Por algo le dice la gente por ahí *Don Pedro el Cruel.*

LORENZA.—Pero a usté que no se le escape nunca en su presencia, que el mote es lo único que de verdad le saca de sus casillas.

TOPETE.—¡Dios me libre!

LORENZA.—¿Me trajo usté las barras pa la caracterización?

TOPETE.—(*Sacando una caja del bolsillo.*) Aquí las tienes: la de carne, la de siena, la roja, la blanca... Toas las que puedes necesitar.

LORENZA.—Gracias, Topete.

TOPETE.—¿Y qué has hecho hoy?

LORENZA.—Aprenderme "La Dolores".

TOPETE.—¡"La Dolores"! ¡Qué recuerdos tiene pa mí esa obra! No la representé una vez que no me menearan. Yo hacía el Rojas, el sargento andaluz, y en la relación del primer acto siempre me la cargaba.

LORENZA.—¿Qué relación? ¿La de...

"Pues vas a Calatayud
y la copla lo dispone,
en cuanto llegues allí
preguntas por la Dolores."

TOPETE.—Esa misma.

LORENZA.

"Una iglesia y otra iglesia,
y en seguida otra, hasta doce;
en seguida una maraña
de calles y callejones;
una plazuela en el medio
con un farol y un San Roque;
junto al San Roque, un mesón,
y en el mesón, la Dolores."

TOPETE.—¡Ahí, ahí, precisamente! Yo me hacía un taco con el mesón y con el farol y decía indefectiblemente:

"Una plazuela en el medio
con un mesón y un San Roque;
junto al San Roque..., un farol..."

Porque ya había dicho antes lo del mesón y no era cosa de repetirlo.

"¡Y en el farol, la Dolores!"

Y, claro, la gente que veía a la Dolores en un farol por obra y gracia mía, me lo agradecía con los pies que era un gusto.

LORENZA.—¡Naturalmente!

TOPETE.—¿Y "Mar sin orillas"? ¿Te la sabes ya? ¡Tengo unas ganas de que te estudies esa obra pa recordar mis buenos tiempos!...

LORENZA.—¡Pero si me la sé de corrido, Topete!

TOPETE.—¿De veras? Pos vamos a ensayarla, si te parece.

LORENZA.—¿Qué escena?

TOPETE.—Cualquiera. El caso es que yo vea cómo has enfocao el tipo.

LORENZA.—¿Quiere usté que ensayemos la del segundo acto entre Leonardo y Leonor, que a mí es la que más me gusta?

TOPETE.—¡Vaya que sea!

LORENZA.—Me tendrá usté que hacer el Leonardo.

TOPETE.—No hay inconveniente.

LORENZA.—Pues vamos allá. ¿Empiezo?

TOPETE.—Empieza.

LORENZA.—No, que empieza usté.

TOPETE.—Es verdad. ¿Cómo dice?

LORENZA.—"¿Por qué se inclina tu frente?..."

TOPETE.—Sí, sí; ya sé.

"¿Por qué se inclina tu frente
pensativa y ruboresa?" (¡Agua!)
"Mi Leonor, mi fe, mi espesa..." (¡Azúcar!)
"Mi porvenir, mi presente!
¿Temes algo?

LORENZA. No es temor
ni nuevas penas aguardo:

es que me abruman, Leonardo,
tanta dicha y tanto amor.
Yo sola..., ya sin aliento...,
en la miseria.... en la calle..."

(A Topete.) Usté. "No, Leonor".

TOPETE.—Aguarda, aguarda. Está bien, pero a mí me gustaría que ese final lo dijeses con más emoción. "Yo sola..., ya sin aliento..." ¡Que se vea que te falta la respiración! ¿Comprendes? Vamos a repetir.

LORENZA. Yo sola..., ya sin aliento...,
en la miseria..., en la calle..."

¿Es así?

TOPETE.—Así, así. (*Declamando.*)

"No Leonor..."

LORENZA.—(*Abrazándose a Topete y llorando.*)

"¡Deja que estalle
todo mi agradecimiento!"

(*A Topete, en voz baja.*) "No es eso."

TOPETE.—¿Cómo que no es eso?

LORENZA.—Que siga usté.

"¡No es eso; cesa, Leonor!..."

TOPETE.—¡Ah, ya! (*Declamando.*)

"¡No es eso; cesa, Leonor!...
Yo no quiero gratitud,
ni deberes, ni virtud;
¡yo quiero amor!

LORENZA. ¡Pues amor!
¿Y te basta?

TOPETE. Más querría,
porque el alma es insaciable;
y en mi afán inagotable
y en mi ciega idolatría
te quisiera preguntar...

LORENZA. Pues pregunta...
TOPETE. Pues contesta,
niña de la frente honesta
y del cándido mirar.

(*Por la puerta del foro, a medio cerrar, entra sigilosam*
ANDRES y se queda como el que ve visiones.)

Si aquella noche, Leonor,
en que te hallé desmayada
o de fuerzas agotada,
o vencida de dolor,
al volver de tu agonía
y al encontrarme a tu lodo... (¡Arrea!)
te hubiera desamparodo... (¡Ya escampa!)
¿Me amarías?

LORENZA. Te amaría.

TOPETE. Si yo no fuese, Leonor,
lo que supones que he sido;
si aquí te hubiese traído
codicioso de tu honor;
si mi anhelo con falsía
fuera hacerte, niña hermasa... (¡Sopla!)
mi manceba y no mi espasa... (¡Qué remedio! Por
menos que suene.)
¿Me amarías?

LORENZA.—(*Duda un momento y luego le abraza llorando, dicie*
do en voz muy baja.)

¡Te amaría!"

ANDRES.—(*Interrumpiendo la escena.*) Bueno, pero ¿qué va a s
sto? ¡A ver si tengo yo que darle un tortazo a alguien!...

LORENZA.—¡Andrés!

TOPETE.—¿A qué viene éste aquí?

LORENZA.—A hablar conmigo.

TOPETE.—¡La peste de Otranto! ¿Y sabe tu padre?...

LORENZA.—No, señor; pero pa eso se va usté a colocar ahor
mismo a la puerta de centinela.

TOPETE.—¡Muchacha, que yo no quiero historias con tu padre!

ANDRES.—¡Vamos, Topete, no se niegue usté, que un favor po
unos amigos lo hace cualquiera!

TOPETE.—Bueno, bueno. ¡Ahí os quedáis! Yo me lavo mis mo
nos... (*Vase hacia el foro y se queda junto a la puerta a la expecta-*
tiva.)

ANDRES.—Sus monos dice que se lava. ¡Más gracioso es!...

LORENZA.—Y no le has dado la enhorabuena por el triunfo de oche de su sobrino.

ANDRES.—Es verdad. ¡Oiga usté, Topete!...

LORENZA.—Déjalo ahora; luego se la darás, que no estamos nos-:os pa desaprovechar el tiempo.

ANDRES.—El poquito tiempo que tenemos pa vernos.

LORENZA.—¡Figúrate! Na más que este rato en que mi padre se a tomar el vermut.

ANDRES.—¿Y hasta cuándo va a durar esto, Lorenza? Te he di-o que no me gustan los tapujos y que como yo te quiero honra-mente, pa casarme contigo, no veo la necesidad de tanto miste-). Si hay que hablar con tu padre, yo hablaré.

LORENZA.—No, Andrés; con mi padre, no. Es pronto todavía. ›ja que se le pase un poco el enfado que tiene con tu madre, no yamos por precipitarnos, a jagar culpas ajenas.

ANDRES.—Pero ¿por qué habrán reñido? A mi madre se lo he 'eguntao ochenta veces y no hay forma de sacarle una palabra. Tan bien como se llevaban, tan buenos amigos como parecían!...

LORENZA.—¡Vete a saber!

ANDRES.—¡Un coraje siento de no poder decirle a todo el mundo ıe te quiero y me quieres!

LORENZA.—Todo llegará, no te preocupes. ¿Qué te importa de-rlo? ¿No te basta saberlo?

ANDRES.—No me basta, Lorenza; que lo mismo cuando se tiene ıa alegría muy grande que una pena, parece que no se encuentra ıo satisfecho hasta que se la comunica a los demás. ¡Qué sé yo! s el gozo de que te envidien o el consuelo de que te compadezcan.

LORENZA.—(*Cogiéndole las manos.*) ¡Andrés!

ANDRES.—¡Mi reina bonita!

LORENZA.—(*Con ingenuidad.*) ¡Calla, chiquillo! ¿Qué estás ha-lando? ¿No sabes que ahora no se puede decir reina, que hasta a ι calle de ese nombre le han puesto de Gómez de Baquero?

ANDRES.—Y ¿qué te voy a llamar en un momento de pasión? Mi Gómez de Baquero? Tienes cosas de a ochavo.

LORENZA.—¡Andrés!

ANDRES.—¿Ves? Me has cortao el hilo. Cuando te iba a decir la ıar de cosas dulces...

LORENZA.—Pues dímelas.

ANDRES.—¿Cómo? Si me has sacao de la situación. Tú, que quie-es ser del teatro, sabrás lo que es eso.

LORENZA.—Por tan poca cosa no te apures, que en situación meto yo otra vez.

ANDRES.—¡ De seguía !

LORENZA.—¡ Mírame a los ojos !

ANDRES.—¡ Chiquilla !

LORENZA.—¡ Mírame !

(Por el portón de la derecha del pasillo del foro entra cautelosamente LORENZO, sorprendiendo a los enamorados en pleno idilio.)

LORENZO.—¡ Hombre ! ¡ Bien ! ¡ Así quería yo pillaros !

LORENZA.—(¡ Mi padre !)

ANDRES.—(¡ El señor Lorenzo !)

TOPETE.—*(Volviendo a escena y quedándose petrificado al ver Lorenzo.)* (¡ Atiza ! ¡ Se me ha colao por el portal !)

LORENZO.—Me lo habían dicho y no quería creerlo. ¿Con qué derecho, Andrés, en ausencia mía vienes tú a esta casa?

ANDRES.—¡ Señor Lorenzo !

LORENZO.—Contesta.

LORENZA.—Viene a verme a mí, padre.

LORENZO.—Y a ti, ¿por qué?

LORENZA.—Porque es mi novio.

LORENZO.—¿Tu novio este pelanas?

ANDRES.—¡ Señor Lorenzo !

LORENZA.—No era eso lo que me decía usté de él no hace mucho, sino que era un muchacho bueno, honrao y con un porvenir.

LORENZO.—No recuerdo haber dicho nunca tal cosa, pero es igual. Ahora te digo lo contrario: que con él no te casarás mientras yo viva.

LORENZA.—¿Por qué?

LORENZO.—Porque yo no quiero. ¡ Y basta de conversación ! Conque ya lo sabes, Andrés. ¡ Ni volverte a acordar del santo de su nombre ! Tengo yo mucho dinero pa que tú te la lleves.

ANDRES.—¡ Señor Lorenzo !...

LORENZO.—¡ Largo de aquí !

LORENZA.—¡ Padre !

LORENZO.—¡ A la calle !

ANDRES.—Si no fuera usté quien es...

LORENZO.—¿Qué? Acaba.

ANDRES.—Na. Y usté perdone. *(Medio llorando de rabia y desesperación.)* (¡ Maldita sea la pena !) *(Sale por el foro.)*

LORENZA.—*(Llorosa.)* ¡ Padre !

LORENZO.—Y tú, anda pa casa, que ya ajustaremos cuentas nosotros. ¡ Hale pa arriba !

LORENZA.—Sí, señor; sí, señor. (*Y llorando en silencio se marcha r el portón de la derecha del pasillo del foro.*)

TOPETE.—¡No hay derecho, señor Lorenzo!

LORENZO.—¿Que no hay derecho? ¿Lo hubo quizá pa que la Puri e estuviese toreando más de un mes y luego me plantase en la ılle bonitamente?

TOPETE.—No es lo mismo, carey. La Puri es casá, y en cambio s chicos son libres de quererse a su gusto.

LORENZO.—¿Y qué tenemos con que la Puri sea casá? ¿No se ha nplantao el divorcio?

TOPETE.—¡Claro que sí! Y por ella, no digo; pero su madre, la eñá Daro, ha resultao cavernícola, y dice que lo que ha mandao)ios no son quienes los hombres pa enmendarlo.

LORENZO.—¡Atraso en que vivimos!

TOPETE.—¡Hombre, eso, no! Porque si respetar la ley de Dios es er atrasao, aquí me tiene usté a mí entonces con mi hojita de pora, como en tiempos de Adán.

LORENZO.—Usté porque es otro oscurantista.

TOPETE.—Y a mucha honra. Usté, ¿es laico, quizás?

LORENZO.—Yo soy del sentido común.

TOPETE.—(*Huyendo.*) ¡Arrea! ¡Comunista! ¡A ver, uno de asalto!

LORENZO.—Na de comunista, Topete; liberal, y ya está bien. Hombre de mi tiempo, progresivo. ¿Cree usté que es justa una ley, divina o humana, que condena a una mujer como la Puri a ser mártir toa su vida del hombre que la engañó casándose con ella y luego la abandonó pa siempre? ¿No ha de haber un indulto que la libre de su cadena? ¡Pos eso es el divorcio, pa que usté se entere! La libertad de muchas infelices víctimas, como la Puri, de una tiranía intolerable y odiosa.

TOPETE.—¡Que sí!

LORENZO.—Y tanto que sí, Topete. Sin que le dé usté vueltas.

TOPETE.—¡Que sí que está bueno!

LORENZO.—¡Cállese usté, que vienen ahí los chicos!

(*En efecto, por el portón del pasillo del foro entran en escena FELIPE y LIBORIO.*)

FELIPE.—Ea, ya se hizo por la vida. ¿Quiere usté que escojamos ahora, tío, la tela pa su traje?

TOPETE.—¿Por qué no?

FELIPE.—Pos andando. ¡Liborio, sácate las piezas! (*Liborio va poniendo sobre el mostrador de la derecha unas cuantas piezas de paño, que coge de la estantería correspondiente, y Felipe las va desenvolviendo para que su tío las vea.*) Mire usté, tío: esto es supe-

rior, imitación inglesa, de Sabadell, lo mejor que se fabrica España.

(*Suena el timbre del portón.*)

LORENZO.—¿Han llamao al portón? ¿Quién nos vendrá? ¡Ah Felipe!

(*Felipe abre el portón y en el umbral aparecen la SEÑA DO PURITA y ANDRES.*)

FELIPE.—(*A Lorenzo, con voz de misterio.*) ¡Señor Lorenzo!

LORENZO.—¿Qué pasa?

FELIPE.—La señá Doro, la señá Puri y el Andrés.

LORENZO.—¿Aquí?

TOPETE.—(*Al verlos entrar.*) (¡Atiza! ¡Te has caído, laico!)

SEÑA DORO.—(*A Andrés y a Purita, que se resisten a entrar* Pasa, chico, pasa, que no van a comerte. Y tú pasa también. ¡R diez, qué timidez! (*Saludando.*) ¡Buenas y penumbrosas!

LORENZO.—¿A qué se debe?...

SEÑA DORO.—No se debe na, que ya está to pagao.

LORENZO.—¡Purita! (¡Acertó en to la Milagros!)

PURITA.—¡Hola, Lorenzo!

LORENZO.—(Ca día está más guapa!)

SEÑA DORO.—Nos sentaremos, con permiso de aquí.

LORENZO.—¡No faltaba más!

SEÑA DORO.—Ya que no nos lo ofrecen...

PURITA.—¡Madre!

LORENZO.—Perdone usté, señora.

SEÑA DORO.—(*Sentándose.*) De nada. Siéntate, Andrés. Y tú, Purita. (*Se sientan Andrés y Purita.*) ¡Hola, Topete!

TOPETE.—¡Felices, señá Duro!

SEÑA DORO.—Celebro que asista usté a esta entrevista como testigo auricular.

PURITA.—Mire usté, Lorenzo; nosotros venimos... Iba yo a venir sola...

LORENZO.—Mejor hubiera sido.

SEÑA DORO.—¡Que se cree usté eso, pero que no es eso! Sigüe. Es un pariéntesis.

PURITA.—Aquí, mi madre, se empeñó en acompañarme y en que viniese también el chico. Venimos, o mejor dicho, vengo yo a preguntarle a usté qué le ha hecho mi Andrés pa que usté le haya tratao de la forma que él nos ha dicho que le ha tratao y pa que violentamente le haya usté echao a la calle.

LORENZO.—Yo, Purita...

PURITA.—Este hijo mío es un crío, más apocao que un corderillo,

rrestos pa na, y en casa se nos ha presentao llorando y diciéns que usté no consiente sus relaciones con la Lorenza.

RENZO.—¡Y tanto que no!

RITA.—Pero como eso pa mi Andrés es quitarle la vida, porla quiere a cegar, yo, como madre suya que soy, vengo a entee de los motivos que haya usté podido tener pa proceder con esa manera. Y ese na más es el objeto de esta visita.

ORENZO.—¿Ha acabao usté ya?

JRITA.—Yo, sí, señor...

ÑA DORO.—Ella, sí; pero yo no he empezao.

ORENZO.—Perdone usté, señá Loro, que primero voy a contes a la Purí.

OPETE.—(¡Toma del frasco!)

ORENZO.—¿Preguntarme usté a mí por qué he echao a su chico ni casa? ¿No podría yo antes preguntarle a usté por qué me usté a mí de la suya?

URITA.—¡Lorenzo!...

ORENZO.—Pero no se trata de eso ahora. Se trata de que yo, iso legítimo de mi autoridad paterna, que nadie ha de negarme, ientras mi hija no sea mayor de edad, me opongo a sus relaes con su hijo de usté, lisa y llanamente, porque su hijo no parece el mejor partido pa la Lorenza, que puede, por el di que ha de heredar de su padre, un servidor, aspirar a casarse un hombre de mejor posición que la que Andresito ocupa. Y o este es mi criterio, a él me atengo y santas pascuas. ¿Está explicao?

EÑA DORO.—Bueno, pero es que aquí, *Don Pedro...*

ORENZO.—(*Saltando y dando un puñetazo sobre el tablero del trador de la izquierda.*) Don...

OPETE.—(¡La catástrofe!) (*Felipe y Liborio se ocultan bajo el trador de la derecha.*)

ORENZO.—¡Lorenzo, señora! Yo no me llamo Pedro.

EÑA DORO.—(*Sin inmutarse.*) ¡Anda! Ni yo Loro, ni esta Purí, puestos tos a equivocarnos, imitando a Topete, yo la primera. ié gracioso!

TOPETE.—(¡Chúpate esa, jacobino!)

SEÑA DORO.—Le decía, *Don Pedro...*

LORENZO.—(*Tascando el freno.*) (¡Esta bruja!...)

SEÑA DORO.—Que aquí nadie le discute a usté su autoridad de dre; lo que se le discute es que tenga usté derecho a forzar la untad de su hija, que está más enamorá de mi nieto que don elardo de la señorita Eloísa. Y, por lo tanto, de na ha de ser-

vir que usté se oponga si ellos se quieren; y en tal caso lo me que podía usté hacer es transigir y no ser *cruel,* pa no dar lu a que con razón le siga a usté llamando *Don Pedro.* Y esto, ¿e bien explicao también? ¡Pos a otra cosa!

LORENZO.—(*Enfurecido.*) ¡Basta, señora! Demasiada ha sido paciencia pa escucharla a usté tanto tiempo. ¡Salga usté de aq porque ni un momento más he de tolerar que continúe usté ins tándome en mi propia casa!

PURITA.—(*Levantándose.*) Tiene razón. ¡Vámonos, madre!

SEÑA DORO.—(*Dirigiéndose hacia el foro.*) ¡Buenas tardes, *D Pedro!*

LORENZO.—(*Aparte.*) (¡Malhaya!...)

PURITA.—Y tú, hijo, no te apures, que en la Lorenza no se aca el mundo; que hay muchas mujeres por ahí que se darán por s tisfechas si tú las miras. Y sobre to, ¿no tienes a tu prima Ga que bebe los vientos por ti? ¡Pos con ella te casas y en paz! ¡V monos, madre!

(*Salen por el portón de la derecha Purita, Andrés y la señ Doro. Ya casi al final de la escena anterior. Felipe ha subido en l escalera de mano con las seis o siete piezas de paño al hombro par colocarlas en la estantería, y al oír a Purita se le caen todas co gran estrépito.*)

LORENZO.—¿Eh? ¿Qué has hecho, condenao?

FELIPE.—Perdone usté, señor Lorenzo; pero es que al oír qu la Gabi se va a casar con el Andrés me he quedao de una pieza.

LORENZO.—Sin una pieza querrás decir, charrán. ¡Maldito sea tu corazón! ¡Baja aquí!

FELIPE.—(*Asustado.*) ¡Señor Lorenzo!

LORENZO.—¡Baja aquí!

TOPETE.—¡Baja y no te achiques, que pa eso eres el mosca primero! (*Felipe, muy asustado, desciende de la escalera.*)

LORENZO.—¡Ven acá! Conque mosca, ¿eh? (*Dándole dos mamporros.*) ¡Pos así me espanto yo las moscas!

FELIPE.—(*Huyendo.*) ¡Ay! ¡Ay!

TOPETE.—Pero, ¿qué es eso? ¿Y no le respondes? ¿Y tú eres el de anoche? ¡Anda con él, sobrino, que te juegas el cartel!

FELIPE.—(*Reaccionando.*) ¡No! ¡En guardia, señor Lorenzo!

LORENZO.—(*Asustado a su vez.*) ¿Qué?

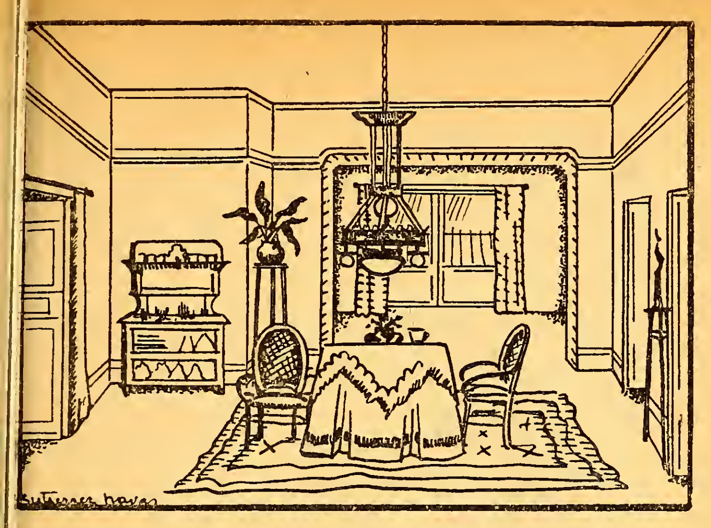
FELIPE.—(*Persiguiéndole.*) ¡En guardia! (*Lorenzo trata de burlar de acometida de Felipe, y éste le lanza un directo a la mandíbula que le hace caer en una silla como muerto.*)

LORENZO.—¡ Ay !

TOPETE.—(*Jubiloso.*) ¡ Así ! (*Contándole a Lorenzo los tiempos como si fuese un árbitro en el ring.*) Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez. ¡ Y ole ! (*Levantando el brazo de su sobrino.*) Vencedor, por nocao, Felipe Aragonés. ¡ Viva mi golla ! (*Cae el telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

Comedor del piso que, en la misma finca donde está instalada la tienda, ocupan Lorenzo y su hija. Dos puertas al foro, una a la derecha, que se supone conduce a la calle, y otra a la izquierda, que comunica con el interior de la casa. A la izquierda, en el lateral, otra puerta, correspondiente a la alcoba de Lorenza. En el centro de la escena, una mesa camilla, y en el testero de la derecha, un aparador. Del techo, sobre la mesa, pende una lámpara. Sillas de Vitoria. Esterilla de pleita. Cuadros. Es de día, en las primeras horas de una mañana de noviembre. Del acto segundo al tercero se imagina que ha transcurrido un mes.

(Al levantarse el telón aparece DOÑA MATILDE, con traje de casa, disponiendo la mesa para que tome el desayuno Lorenzo. A poco sale por la izquierda LORENZA, con aire taciturno y el color quebrado.)

LORENZA.—Buenos días, doña Matilde.

DOÑA MATILDE.—¡Hola, hija! ¿Por qué te has levantado tan temprano?

LORENZA.—¿Qué más da, si no he podido dormir en toda la noche? *(Le ayuda a disponer la mesa.)*

DOÑA MATILDE.—Vas a enfermar, criatura.

LORENZA.—¡Y ojalá me muriera!

DOÑA MATILDE.—Calla, calla y no digas disparates. ¡Hablar tú de morirte en la flor de la juventud! Si fuera yo, que ya no valgo para nada...

LORENZA.—¿Cree usté que vale la pena de vivir como yo vivo, doña Matilde, encerrada hace un mes entre estas cuatro paredes, sin respirar el aire de la calle, condenada a perder lo que era toda mi ilusión en el mundo por el capricho injusto y tirano de mi padre? ¿No es mejor cien veces morirse que soportar esto? Yo le juro a usté que sueño con la muerte como la única solución de mi martirio.

DOÑA MATILDE.—La verdad, hija, que tu padre, tan bueno en ocasiones, en otras parece llevar dentro el espíritu de un inquisidor. Lo que está haciendo contigo es demasiado. Y cuenta con que yo, guardándole todos los respetos, ya se lo he dicho varias veces, pero como si tal cosa. O no me contesta o me responde que ya sabe él lo que se hace.

LORENZA.—Puede que algún día se arrepienta de su intransigencia, tal vez cuando ya sea tarde.

DOÑA MATILDE.—¿Qué quieres decir, Lorenza? ¡Me asustas, hija!

LORENZA.—¡Yo me entiendo!

(*Por la puerta de la izquierda del foro aparece LORENZO con pelliza y gorra.*)

LORENZO.—Buenos días, familia.

DOÑA MATILDE.—Buenos días, señor Lorenzo. ¿Se ha descansado?

LORENZO.—Sí, señora.

DOÑA MATILDE.—¿Le sirvo el desayuno?

LORENZO.—Como usté guste.

DOÑA MATILDE.—Voy por él. (*Vase por la izquierda del foro.*)

LORENZO.—¿Qué hay, Lorenza? ¿Ni un beso pa tu padre? (*Lorenza se acerca a su padre y le besa en silencio.*) ¡Arisca! Ya no me quieres como antes. ¿Me guardas rencor? Y ¿por qué? ¿Por haberme opuesto a tus relaciones con el hijo de la Puri o por la inconstancia del Andrés haciéndose novio de su prima Gabi al día siguiente de terminar contigo? ¿Te callas? En un caso o en otro me debías estar agradecida por haberte demostrao a las claras que, inocentemente, habías puesto tu cariño en quien no lo merecía. ¿No es así? Responde.

LORENZA.—Así será, cuando usté lo dice...

LORENZO.—Eres terca, cabeza dura, incapaz de atender a otras razones que no sean las que tú misma te hayas forjao.

LORENZA.—Me parezco a usté.

LORENZO.—¡Lorenza!

LORENZA.—Y dichoso aquel que a los suyos se parece.

LORENZO.—¡Bien está! Doblemos la hoja, no vayamos a acabar riñendo.

LORENZA.—Con usté reñirá siempre el que le lleve la contraria.

LORENZO.—Y si quien me la lleva es mi propia hija, obligá a obedecerme por ley de Dios, mucho más. ¡Conque a callar se ha dicho! (*Pausa.*) Esto significa, por lo visto, que persistes en tu actitud levantisca, que de na te ha servido el mes de encierro que llevas. ¡Pos encerrá seguirás hasta que no me digas que ya no te acuerdas ni de cómo se llama ese monigote de Andresito!

LORENZA.—¡Eso nunca, padre! Me acordaré de él mientras viva, se empeñe quien se empeñe. ¡Le quiero! Y un cariño como el mío no se arranca del corazón como usté pretende. Usté podrá encerrarme, esclavizarme, martirizarme, pero impedirme que le quiera, eso, ni usté ni nadie.

LORENZO.—¡Lorenza!

LORENZA.—¡Ni usté ni nadie!

LORENZO.—¿A mí con desplantes, maldito sea el anís del Mono? ¡Hale pa tu cuarto!

LORENZA.—Pa mi cuarto, sí, señor; ¡pero ni usté ni nadie.

LORENZO.—¡Maldito sea!...

(*Trata de avanzar hacia Lorenza para pegarle, pero ésta se marcha por la puerta de la izquierda al tiempo que DOÑA MATILDE aparece por la izquierda del foro con el servicio del desayuno en una bandeja y al ver la actitud de Lorenzo pretende contenerle.*)

DOÑA MATILDE.—¡Señor Lorenzo!...

LORENZO.—¿Le parece a usté ese comino? ¿Tenérselas tiesas a su padre, cuando si le doy dos guantás no queda de ella ni el flequillo? ¡Vamos, hombre!

(*Dentro suena el timbre de la puerta del piso.*)

DOÑA MATILDE.—Discúlpela usté, señor Lorenzo. La pobrecita lleva unos días muy malos; casi no deja de llorar. Y usté debía de amainar un poco y consentir...

LORENZO.—Mire usté, doña Matilde, no me venga usté con sermones, que yo ya sé lo que me hago.

DOÑA MATILDE.—(*Aparte.*) (La contestación de siempre.)

LORENZO.—Y ande usté a abrir, que han llamao hace un rato.

DOÑA MATILDE.—Voy, sí, señor; voy. Y usté me dispense. (*Vase por la derecha del foro.*)

LORENZO.—(*Mientras se toma el desayuno.*) ¡El demonio del crío! Y el caso es que la añagaza no me ha valido de na. A la Puri no he vuelto a verla más, ni viva ni muerta. Parece como si se la hubiera tragao la tierra. Esa mujer... ¡Esa mujer! Y que no sé quitármela del pensamiento. Tenía razón la chica. Soy como ella o ella es como yo. ¡Maldito sea el licor del Polo!...

(*Por la derecha del foro vuelve DOÑA MATILDE, seguida de TOPETE y de FELIPE. Topete viene hecho un brazo de mar, con traje nuevo y llamativo, abrigo inglés, magnífico flexible de anchas alas y una detonante cadena de reloj.*)

DOÑA MATILDE.—Visita, señor Lorenzo.

LORENZO.—¿Quién?

TOPETE.—(*Presentándose.*) Nosaltres sols.

LORENZO.—¡Amigos!

TOPETE.—¡Ganas de anunciar que tiene doña Matilde!

FELIPE.—Entramos en la tienda y, como no estaba usté allí, decidimos subir a saludarle.

(*Doña Matilde recoge el servicio de desayuno y se marcha por la izquierda del foro.*)

LORENZO.—¡Bien hecho! ¿Cuándo se ha llegao?

FELIPE.—Ahora mismo.

TOPETE.—De la estación aquí. Sin quitarnos el polvo del viaje, porque, gracias a Dios, no lo traemos. ¡Hemos venido en el *pulmón!*

LORENZO.—¿Dónde?

TOPETE.—En el *pulmón,* señor Lorenzo; un coche salón que quita la cabeza y en el que no viajan más que los potentaos. Le deben llamar el *pulmón,* seguramente, por lo bien que allí se respira.

FELIPE.—Le llaman el *pullmann,* tío. Sólo que como usté ha de equivocarse en to... ¡Hasta en eso!

TOPETE.—¡Rediez, perdona, chico! Total, que es femenino, *pullman,* y yo lo he hecho masculino, *pulmón.* No creo que el error sea tan grave.

LORENZO.—Y ¿qué tal se ha dao por Barcelona?

TOPETE.—Superiormente, señor Lorenzo.

FELIPE.—¿No recibió usté mi telegrama?

LORENZO.—Sí, hombre. ¡Y enhorabuena! Otro triunfo como el de aquí, ¿no?

FELIPE.—Mayor, si cabe.

TOPETE.—Que sí que cabe; mayor, señor Lorenzo, algo de las ranas pidiendo rey.

LORENZO.—¿Qué?

TOPETE.—Quiero decir fabuloso.

LORENZO.—¡Ah, ya!

FELIPE.—Vengo muy satisfecho; sí, señor.

LORENZO.—Y tu tío no se diga. ¡Qué traje! ¡Qué abrigo! ¡Qué sombrero!

TOPETE.—¡Pchs! ¡Cosas del Siglo!

FELIPE.—Del Siglo y de las dos mil pesetas cobradas, que me las ha desbolillao en el viaje.

TOPETE.—¿No soy tu mananger?

FELIPE.—Sí, señor.

TOPETE.—Y ¿qué quiere decir mananger sino el que maneja los cuartos¿ ¡Estaría bonito que fueras a oponerte a que yo me presentase en forma adecuada ante la gente, después de tus últimos triunfos!

FELIPE.—Al contrario, tío; si yo precisamente he sido...

TOPETE.—(*Pavoneándose.*) ¿Entonces?... Pero, ¿qué idea tienes tú de lo que es un mananger?

FELIPE.—¡Bueno va!

LORENZO.—Y ahora, ¿qué vas a hacer, Felipe? Porque esto ya es cosa seria y debes dedicarte a ello exclusivamente.

FELIPE.—No, señor. Pa mí el servicio de usté es lo primero. Y más después de haberme usté perdonao lo del puñetazo de aquella tarde.

LORENZO.—No me lo recuerdes.

FELIPE.—Crea usté que todavía me duele lo que hice.

LORENZO.—¡Anda! ¡Y a mí!

FELIPE.—Después de su comportamiento, mi obligación es continuar al lao de usté hasta que usté no me necesite.

LORENZO.—Bien está. En ese caso... ¿Nos vamos pa la tienda?

FELIPE.—Vamos allá.

LORENZO.—¿Usté se queda, Topete?

TOPETE.—Quisiera ver a la chica...

LORENZO.—Ahí en su cuarto la tiene usté. Hable usté con ella y a ver si usté la convence. ¡Más rebelde está que nunca!

TOPETE.—Pero, ¿aún dura el castigo?

LORENZO.—¡Y lo que te rondaré, morena! Esa no me conoce a mí todavía...

TOPETE.—¡Señor Lorenzo!...

LORENZO.—Ahórrese usté consejos y razones. Me he propuesto que no se case con uno que tenga menos dinero que ella, y no ha-

brá quien me apee de mi burro. ¡Condenao Andresito! ¡Así se lo llevasen los demonios!

TOPETE.—Por eso no se preocupe usté, que un día se lo llevan, que aquí, mi sobrino, en cuanto se lo encuentra por la calle le arrea cada paliza que lo deja *grogy.*

LORENZO.—¡Ah! ¿Sí? Y ¿por qué, chico?

FELIPE.—Porque me ha quitao a la Gabi, que iba a ser mi novia. ¿Le parece a usté poco? Y ya, cuando el Andrés me ve, aunque sea de lejos, toma un taxi.

LORENZO.—(*Riéndose.*) Me lo figuro. ¿Vamos, Felipe?

FELIPE.—Sí, señor. ¡Hasta ahora, tío! (*Salen por la derecha del foro Lorenzo y Felipe.*)

TOPETE.—Pos sí que aquí, *Don Pedro,* amaina. ¡Válgame Dios! Y esa pobre criatura... (*Arrimándose a la puerta de la izquierda y golpeando en ella con los nudillos.*) ¡Lorenza! ¿Lorenza? Sal. Abre. ¡Soy yo, hija!

(*Por la izquierda sale LORENZA.*)

LORENZA.—¡Maestro! ¡Ay, mi madre! Pero, ¿es usté o una ampliación de Chevalier?

TOPETE.—Yo mismo, sino que en cuanto uno se pone tres trapitos parece otro queso. Bueno, ven acá. (*Se sientan.*) Cuéntame de ti.

LORENZA.—¡Ay, Topete! ¿Qué quiere usté que le cuente? Que estoy desesperada, loca y dispuesta a hacer una barbaridad.

TOPETE.—¡Muchicha!

LORENZA.—Lo que usté oye. No puedo más, no puedo más, y no puedo más. Llevo un mes sin ver a Andrés, sin escribirle siquiera, porque no me dejan, y esto ya no, Topete; esto ya no. Necesito tener con él una entrevista y usté va a proporcionármela. Ha llegao usté como enviao por Dios.

TOPETE.—Pero, ¿tú quieres que tu padre me mate? Porque no sabes cómo está de flamenco con tu asunto.

LORENZA.—Ahora, que no hay peligro porque se ha marchao a la tienda, hable usté con doña Matilde, convénzala y vaya luego por Andrés y tráigamelo aquí. Es preciso, absolutamente preciso, que nos veamos hoy sin falta, mañana sería tarde.

TOPETE.—¡Pero, checa!...

LORENZA.—Se lo ruego, Topete, se lo suplico.

TOPETE.—¿Hablar con doña Matilde?

LORENZA.—Sí.

TOPETE.—Y ¿querrá doña Matilde prestarse...?

LORENZA.—Si usté se lo pide, seguro. ¡Ande usté! En la cocina está. Hay que aprovechar estos minutos.

TOPETE.—(*Levantándose.*) Bueno, bueno... ¡Voy allá! To sea por complacerte. Me juego la cabeza, pero, ¿qué remedio? Por ti lo hago.

LORENZA.—Gracias, Topete.

TOPETE.—¡Ya veremos qué sale! (*Vase por la izquierda del foro.*)

LORENZA.—(*Dando un suspiro de satisfacción.*) ¡Al fin! (*Entra en su cuarto y sale a poco con una carta cerrada y un tubo vacío de pastillas de sublimado que deja sobre la mesa; mira cautelosamente por la izquierda del foro y luego andando de puntillas se dirige hacia su cuarto.*) ¡Y ahora, el diluvio!

(*Desaparece por la izquierda y cierra la puerta con llave. Pausa. Por la izquierda del foro vuelven hablando TOPETE y DOÑA MATILDE.*)

TOPETE.—(*Dentro.*) Sí, señora, sí. Venga usté y ella misma se lo dirá. (*Aparecen los dos en escena.*) ¡Lorenza!

DOÑA MATILDE.—No está aquí.

TOPETE.—Pos aquí estaba hace un momento.

DOÑA MATILDE.—Se habrá metido en su cuarto.

TOPETE.—Tal vez. (*Yendo hasta la puerta de la izquierda.*) ¡Lorenza! (*Empujando la puerta.*) Ha cerrao con llave. ¡Qué raro!

DOÑA MATILDE.—(*Descubriendo el tubo vacío y la carta y dando un grito de terror.*) ¡Ay, Dios mío!

TOPETE.—¿Qué pasa?

DOÑA MATILDE.—(*Mostrándole el tubo y la carta.*) ¡Mire usté, Topete, mire usté!

TOPETE.—¿Qué es esto?

DOÑA MATILDE.—Un tubo vacío de pastillas de sublimao y una carta dirigida a su padre. ¡Se ha suicidao!

TOPETE.—¡Zambomba! ¿Qué dice usté?

DOÑA MATILDE.—Y además no me extraña, porque lo venía anunciando. ¡Pobrecita niña!

TOPETE.—(*Muy nervioso.*) Pero, caroy, si hace un mimito que ha estao aquí hablando conmigo y, cloro, cloro, que le he nótao una agitación y una inquietud... ¡Lorenza! ¡Hija! (*Golpeando en la puerta de la izquierda.*) ¡Lorenza, abre! No contesta. Habrá que avisar a su padre. ¡Que venga en seguida!

DOÑA MATILDE.—Sí, señor; ahora mismo. Por el tubo acústico. ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia! (*Vase por la derecha del foro.*)

TOPETE.—(*Con verdadera angustia.*) ¡Lorenza! ¡Abre! Te lo pido yo. ¡Lorenza!

(*Por la puerta de la izquierda sale LORENZA a medio caracterizar de moribunda, con el pelo suelto, un espejito en una mano y en la otra una barra de siena.*)

LORENZA.—(*Con voz de misterio.*) Usté se calla y siga la comedia. ¡A demostrar ahora que es usté un cómico de cuerpo entero!

TOPETE.—¡Mi tía la de Ponferrada! ¿Qué es esto?

LORENZA.—¡Silencio!

TOPETE.—Pero, ¿qué pretendes?

LORENZA.—Ya lo sabrá usté, pero no me descubra. ¡Ayúdeme! (*Imponiéndole silencio.*) Sss... ¡Adiós! (*Y torna a meterse en su cuarto y a cerrar la puerta, ahora sin llave.*)

TOPETE.—¡Mi amantísima madre! Pero esta chica es un diablo suelto. ¡Lo que se le ha ocurrido!...

(*Por la derecha del foro vuelve DOÑA MATILDE.*)

DOÑA MATILDE.—Ya se lo he dicho, ya sube. (*Por la derecha del foro entra LORENZO, pálido y desencajado.*) Aquí está.

LORENZO.—¿Qué? ¿Qué? ¡Pero si no es posible!

DOÑA MATILDE.—(*Dándole la carta.*) ¡La carta, señor Lorenzo!

LORENZO.—Venga. ¡A ver qué dice! (*Rompiendo el sobre y leyendo en voz alta con avidez.*) "Querido padre: sólo usté es el culpable de mi muerte."

TOPETE.—(*Aparte.*) (¡Atiza! No se ha andao por las ramas.)

LORENZO.—(*Leyendo.*) "Quiero a Andrés, y como usté se opone a que le quiera, he decidido matarme. ¿Para qué he de vivir, si mi vida es Andrés y lo he perdido?"

TOPETE.—(*Aparte.*) (¡Lo ha copiao del "Juan José"!)

LORENZO.—(*Leyendo.*) "Le abraza en la eternidad su hija, Lorenza." (*Estrujando la carta y corriendo hacia la izquierda, llorando de rabia y desesperación.*) ¡No! ¡Hija! ¡Hija mía! (*Desaparece por la puerta de la izquierda.*)

DOÑA MATILDE.—Sí, sí... Ahora los lloros. Y ha tenido en su mano evitar esta tragedia. Le digo a usté...

TOPETE.—A mí no me diga usté nada, señora. Eso a él, a él.

DOÑA MATILDE.—Y a él se lo digo lo mismo. ¿Qué se ha creído usté? ¡Qué padres, Señor, qué padres! Con una hija como esa, que era una rosa temprana...

(*Por la puerta de la izquierda sale LORENZO.*)

LORENZO.—Doña Matilde, por favor, baje usté y avise a don Diego, el médico. Si no se ha marchao, que suba al instante.

DOÑA MATILDE.—Sí, señor. Y sin favor. Volando voy. (*Vase por la derecha del foro.*)

TOPETE.—Pero, ¿cómo está?

LORENZO.—Muy mal, Topete, muy mal. ¿Usté no la ha visto? Habla con una voz muy débil y tiene unas ojeras y un color terroso que da espanto.

TOPETE.—(*Aparte.*) (¡Ha debido cargar la mano en el siena!)

LORENZO.—Se muere, Topete; se me muere mi hija.

TOPETE.—No querrá Dios, hombre. ¡Animo! Serenidad. No se apure usté. Ahora veremos, cuando venga el médico, lo que dice.

LORENZO.—¿Quisiera usté hacerme un servicio, Topete? Porque yo no me atrevo a separarme de ella.

TOPETE.—Usté me dirá.

LORENZO.—Ir a casa de la Puri, decirles lo que ocurre y traerse pa acá a Andrés. Quiere verle, me ha pedido verle por última vez, y ¿cómo negárselo a las puertas de la muerte?

TOPETE.—Sería una crueldad.

LORENZO.—Por eso mismo. ¡Vaya usté!

TOPETE.—¡Encantao, señor Lorenzo! (*Aparte.*) (¡Pos sí que le va a dar resultao a la chica el truco del envenenamiento! Por supuesto, lo que una mujer no discurra...)

(*Por la derecha del foro entran DOÑA MATILDE y DON DIEGO. Don Diego, a pesar de llevar puestas sus gafas, no ve por donde anda y tropieza con todo.*)

DOÑA MATILDE.—Aquí está el médico.

LORENZO.—¡Don Diego!

DON DIEGO.—(*Saludando a Topete, a quien toma por Lorenzo.*) ¡Señor Lorenzo!...

TOPETE.—Allí.

DON DIEGO.—Perdone usté. (*Saludando a doña Matilde.*) Señor Lorenzo...

DOÑA MATILDE.—Allí.

DON DIEGO.—Perdone usté.

LORENZO.—(*Cogiéndole de un brazo.*) Por aquí, don Diego; venga usté por aquí. Pase usté.

DON DIEGO.—Pero, ¿qué ha sido eso, señor Lorenzo?

LORENZO.—¡Qué sé yo! Una locura, un disparate, don Diego... (*Vase con don Diego por la puerta de la izquierda.*)

TOPETE.—(*Aparte.*) (Lo malo es si ahora el médico ve que to es filfa... ¡De aquí salimos pa la clínica de urgencia! Aunque este médico me parece a mí que no ve ni sus propias narices.) ¡Hasta ahora, doña Matilde!

DOÑA MATILDE.—¿Se va usté?

TOPETE.—Y donde menos pueda usté imaginarse; a casa de la Puri, a traerme a Andresito, por encargo del señor Lorenzo.

DOÑA MATILDE.—No me diga... ¡Siempre lo mismo! Al burro muerto, la cebada al rabo. Eso antes, amigo Topete. ¡Antes!

TOPETE.—Señor, más vale nunca que tarde. ¡Vuelvo, doña Matilde!

DOÑA MATILDE.—¡Vaya usté con Dios!

(*Topete se marcha por la derecha del foro. Por la puerta de la izquierda salen LORENZO y DON DIEGO.*)

LORENZO.—Doña Matilde, a ver qué necesita aquí don Diego...

DON DIEGO.—Nada, si me hace usté el favor de un poco de aceite común...

LORENZO.—La botella del aceite.

DOÑA MATILDE.—Sí, señor; voy por ella. (*Vase por la izquierda del foro.*)

DON DIEGO.—La cuestión es provocar el vómito, para evitar la intoxicación. Me parece que hemos llegado muy a tiempo. El pulso es todavía normal y el corazón funciona perfectamente.

LORENZO.—¡Si Dios quisiera, don Diego!

DON DIEGO.—Ya veremos, ya veremos... No hay que perder las esperanzas.

(*Por la izquierda del foro vuelve DOÑA MATILDE con una botella de aceite en la mano.*)

DOÑA MATILDE.—El aceite.

DON DIEGO.—(*Cogiendo la botella.*) Venga.

LORENZO.—¡Vamos allá!

(*Se van por la puerta de la izquierda Lorenzo y don Diego. Por la derecha del foro entra FELIPE.*)

FELIPE.—¿Qué me ha dicho mi tío, doña Matilde? ¿Que la Lorenza se ha suicidao?

DOÑA MATILDE.—Por lo menos ha intentao suicidarse tomándose un tubo entero de pastillas de sublimao.

FELIPE.—¡Qué barbaridad! ¡Pobre chica! La traía frita el señor Lorenzo.

DOÑA MATILDE.—Y me han pedido el aceite...

FELIPE.—¿Cómo?

(*Por la puerta de la izquierda sale LORENZO.*)

LORENZO.—¡Felipe! ¡Hijo!

FELIPE.—¿Qué hay, señor Lorenzo?

LORENZO.—No sé. El médico confía en salvármela.

FELIPE.—Menos mal.

LORENZO.—Ahí queda con ella... ¡Pero, no sé, no sé!

DOÑA MATILDE.—Si no hubiese sido usté tan... ¿Cómo diría yo que no le molestase? Tan... inflexible, no se habría llegao a esto, señor Lorenzo.

LORENZO.—Pero ¿quién iba a pensar?...

DOÑA MATILDE.—Y no será porque no le haya predicao... A los chicos no se les puede tirar tanto de la cuerda. Hay que ser con ellos más complacientes, más bondadosos, menos *don Pedro el Cruel...*

LORENZO.—(*Airadamente.*) ¡Doña Matilde!

DOÑA MATILDE.—¡Ay, usté me perdone!

(*Por la puerta de la izquierda sale DON DIEGO conteniendo la risa a duras penas.*)

LORENZO.—(*Acercándose a don Diego con ansiedad.*) ¿Qué ocurre, don Diego?

DON DIEGO.—Nada, nada. La dejo más tranquila. No pasará ninguna cosa grave... (¡Qué diablo de chica! Es para morirse de risa.)

LORENZO.—¿De modo que usté opina?...

DON DIEGO.—Que no hay cuidado, que no hay cuidado. Si acaso se me necesitara, lo que no espero, abajo estoy en casa. ¡Vaya, queden con Dios! Buenos días. (¡Pero qué grandísima cómica!) (*Vase por la derecha del foro.*)

LORENZO.—(*Desconcertado.*) ¿Y se va riendo? Pero, ¿es que esto es cosa de risa, maldito sea el limón del tiempo? ¡Ese don Diego es idiota!

(*Por la derecha del foro entra TOPETE.*)

TOPETE.—¿Qué hay? Acabo de ver salir al médico.

LORENZO.—Riéndose, ¿no?

TOPETE.—A carcajada limpia.

LORENZO.—Eso comentábamos. ¿Es para reírse lo que me pasa?

FELIPE.—Desde luego que no.

LORENZO.—¡Pos hombre! ¡Estaría bueno!

TOPETE.—Cumplido su encargo, señor Lorenzo.

LORENZO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué?

TOPETE.—Ahora vienen tos pa acá. Les ha hecho una impresión tremenda la noticia, más todavía que la que ellos han recibido esta mañana, que también es gorda.

LORENZO.—¿Cuál?

TOPETE.—Un cable de Buenos Aires comunicándole a la Puri la muerte de su marido.

LORENZO.—¿Qué está usté diciendo, Topete?

TOPETE.—Cuando he llegao, aquello, más que un duelo, era una juerga.

LORENZO.—Me lo figuro.

TOPETE.—En cambio, al saber lo de la Lorenza se quedaron tos la mar de apesadumbraos.

LORENZO.—¡Dios se lo pague! ¿De manera que la Puri ya es libre?

TOPETE.—Como el pájaro en la selva.

LORENZO.—¿Entonces ahora no se negará a casarse conmigo?

TOPETE.—Supongo que no.

LORENZO.—¡Y que me llegue esta felicidad en medio de mi desgracia!... ¡Pero qué inoportunidad de hija! Si se espera a mañana...

(*Dentro suena el timbre de la puerta del piso.*)

TOPETE.—¡Ya están ahí!

LORENZO.—¡Abra, doña Matilde! (*Doña Matilde se va por la derecha.*) El corazón se me quiere salir por la boca.

(*Atropelladamente entran por la derecha del foro la **SEÑA DORO, PURITA, GABI y ANDRES**, seguidos de **DOÑA MATILDE**, que después se marcha en silencio por la izquierda del foro.*)

SEÑA DORO.—¿Pero qué ha sido eso?

PURITA.—¿Qué ha sido?

ANDRES.—(*Huyendo al ver a Felipe.*) (¡Mi madre! ¡El Felipe aquí!)

PURITA.—¡Lorenzo!

LORENZO.—(*Emocionado.*) ¡Purita!

SEÑA DORO.—¡Vamos, hombre!

PURITA.—¡Cálmese usté! No será tanto.

GABI.—¡Hola, Felipe!

FELIPE.—¿Me saluda usté ya?

GABI.—Yo siempre, hijo.

LORENZO.—(*Yendo hasta la puerta de la izquierda.*) ¡Lorenza, hija, que está aquí Andrés!

(*A la puerta de la izquierda aparece **LORENZA**, caracterizada exageradamente: imponentes ojeras, color de cadáver... El buen juicio de la actriz la hará dar la nota exacta de lo que se pretende. Al ver a Lorenza todos ahogan un grito de espanto.*)

LORENZA.—¿Andrés?

TODOS.—¡Ah!

PURITA.—¡Qué horror!

TOPETE.—(Lo que dije: ha cargao la mano en el siena y se ha puesto que es la dama de las camelias en el último acto.)

ANDRES.—(*Lloroso.*) ¡Lorenza, Lorenza de mi alma! ¿Qué has hecho?

LORENZA.—(*En voz baja a Andrés.*) No te apures, que to es mentira.

ANDRES.—¿Cómo?

LORENZA.—(*En voz baja.*) ¡Cállate ahora!

ANDRES.—(*Sorprendido.*) ¡Lorenza!

LORENZA.—(*Con voz muy débil y acariciándole.*) ¿Eres tú?

ANDRES.—Sí.

LORENZA.—¡No! No eres tú.

ANDRES.—¡Que sí!

LORENZA.—No.

ANDRES.—¡Bueno! ¿Si sabré yo que soy?

LORENZO.—Siéntate, hija. (*Acercándole una silla.*) No te fatigues. (*Se sienta.*) Sí es Andrés. ¿No le ves?'¡Andrés!

LORENZA. "Para hacerme traición habéis tenido
no más que rapidísimos momentos..."

LORENZO.—¿Qué dice?

LORENZA. "Para vengarme yo y atormentaros
tengo ante mí la eternidad del tiempo.
(*Cogiéndole de la mano a Andrés.*)
Acércate, Beatriz, ven a mis brazos..."

FELIPE.—(¡Arrea!)

SEÑA DORO.—Eso es el delirio.

ANDRES.—¡Que yo no soy Beatriz, Lorenza! ¿Qué dices? ¡Que yo soy yo!

LORENZA. "Esposa de mi amor, luz de mi cielo,
la de la tersa frente alabastrina,
la del nevado y pudoroso seno..."

ANDRES.—¡Pero, chica! ¿Qué hablas? ¡Mira que me voy!

LORENZA. "¡No te separes, no; si no es posible!"

ANDRES.—¡Tú sigue así y verás!

PURITA.—No seas salvaje, Andrés. Si es que delira la pobrecita. ¡Hija! (*A Lorenzo.*) ¡Y que haya usté dao lugar a esto!

LORENZO.—¡Más arrepentido estoy!...

LORENZA. "Ya todo huye de mí, ya todo sube
de mi viejo castillo a las almenas."

TOPETE.—(La ha tomao con "En el seno de la muerte" y nos lo va a colocar entero.)

LORENZA. "¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas!"

TOPETE.—(¿No digo?)

LORENZA. "Seres que allá volvéis a la existencia,
imágenes de luz y de colores,
tornad al sol, yo quedo en las tinieblas."

(*Hace como que se muere.*)

LORENZO.—¿Eh? ¿Qué es eso?

FELIPE.—Parece un colapso.

LORENZO.—¡Hija!

PURITA.—¡Lorenza!

LORENZO.—No se mueve, no respira. ¿Muerta? ¿Y por mi culpa? No. ¡Hija! ¡Hija mía! (*Sacando una pistola del bolsillo y apuntándose para matarse.*) ¡Maldito sea mi corazón!...

(*Todos se abalanzan sobre Lorenzo para sujetarle, la primera su hija.*)

PURITA.—¿Eh?

SEÑA DORO.—¡Quieto!

TOPETE.—¿Qué va usté a hacer?

LORENZA.—¡No, papaíto! Matarse usté, no!

PURITA.—¡Pero, chica! ¿Ya revives?

LORENZA.—Perdóneme usté y que me perdonen todos. Esto no ha sido más que una comedia pa obligarle a usté a que consintiera que me casase con Andrés. Y como ya sé que consiente, no hay por qué seguir.

LORENZO.—¿Pero cómo una comedia?

TOPETE.—Una comedia, una comedia. ¿No decía usté que no servía pa cómica? ¡Pos ahí la tiene usté!

LORENZO.—¡Pero, so grandísima embustera!... Bueno, no te mato yo ahora de verdad no sé por qué.

ANDRES.—Pues porque se tiene que casar conmigo, señor Lorenzo. Y digo que se tiene que casar conmigo, porque el inconveniente que usté ponía ya no existe, Mi hija no se casará con uno que tenga menos dinero que ella. ¿No era eso lo que usté decía? Pues sepa

usté que mi padre, al morir, me ha dejao heredero de un millón de pesos.

Lorenzo.—¿De un millón? ¡Anda! ¡Pos ahora consiento menos!

Andres.—¿Por qué?

Lorenzo.—Porque tampoco tolero que se case con uno que tenga más.

Topete.—¡Pero si será cabezota este hombre!

Lorenza.—¡Padre!

Andres.—¡Madre!

Purita.—Sí consiente, no apuraros, porque yo también consiento ahora en casarme con él.

Lorenzo.—¡Purita!

Purita.—Y porque después de lo pasao, él es el primer convencido de que los hijos mandan.

Felipe.—Y usté y yo, Gabi...

Gabi.—¡Pa los restos!

Felipe.—¡Y ole!

(*Los personajes están reunidos por parejas.*)

Topete.—Señá Duero, como usté verá, aquí to son parejas. Pa no desentonar, ¿quiere usté casarse conmigo?

Seña Doro.—¡Yo no me caso con nadie!

Topete.—¡Anda! Ni yo tampico. ¡A ver si se lo había usté creodo!... (*Cae el telón.*)

FIN DE LA COMEDIA



RIVADENEYRA, S. A.—ARTES GRAFICAS.—MADRID